

Sobre alas de la esperanza

Mensaje del Vicario del Rector Mayor

Con gran sencillez, con tranquilidad y en total continuidad, permaneciendo en mi servicio de Vicario durante los próximos meses apoyaré al Rector Mayor en la conducción de la Congregación a un Capítulo General, el 29, en febrero de 2025.

Queridos lectores del Boletín Salesiano, escribo estas líneas con inquietud porque, siendo lector del Boletín Salesiano desde que era niño en mi familia, me encuentro ahora en una página distinta al tener que escribir en el primer artículo, el reservado al Rector Mayor.

Lo hago con gusto, porque este honor me permite dar gracias a Dios por nuestro don Ángel, hoy Cardenal de la Santa Iglesia Romana, que acaba de cumplir 10 años de valioso servicio a la Congregación y a la Familia Salesiana, tras su elección en el XXVII Capítulo General de 2014.

A la distancia de 10 años después de aquel día, ya está plenamente al servicio del Santo Padre, para cuanto el Papa Francisco le encomiende. Lo llevamos en el corazón y lo acompañamos con la oración agradecida, por el bien que nos ha hecho, porque el tiempo no disminuye, sino que fortalece la gratitud. Su historia personal es un acontecimiento histórico para él, pero también para todos nosotros.

Su partida, en sentido canónico para un servicio aún mayor a la Iglesia, es un permanecer siempre con nosotros y en nosotros.

En total continuidad

Y ahora como Congregación, y por extensión como Familia Salesiana, ¿cómo seguimos adelante?

Muy sencillo, con tranquilidad y en total continuidad. El Vicario del Rector Mayor, según las

Constituciones Salesianas, tiene también la tarea de sustituir al Rector Mayor en caso de necesidad. Así será, hasta el próximo Capítulo General.

Las Constituciones Salesianas lo dicen de manera más orgánica y articulada, pero el concepto fundamental es éste. Permaneciendo en mi servicio de Vicario en los próximos meses sustituiré al Rector Mayor llevando la Congregación al Capítulo General, el 29 de febrero de 2025.

Se trata de una tarea exigente para la que pido de inmediato vuestras oraciones e invocación al Espíritu Santo para ser fiel al Señor Jesucristo, con el corazón de Don Bosco.

Mi nombre es Esteban

Antes de pasar a lo importante, unas palabras para presentarme: me llamo Stefano, nací en Turín en el seno de una familia típica de nuestra tierra; hijo de un padre exalumno salesiano, que quiso enviarme a la misma escuela donde él había estado en su momento, y de una madre maestra, también exalumna de una escuela católica. De ellos recibí la vida y la vida de fe, sencilla y concreta. Así crecimos mi hermana y yo, somos solo dos.

Mis padres ya están en el cielo, en las manos de Dios, y estarán sonriendo mucho cuando vean las cosas que le pasan a su hijo... seguramente comentarán: *idun Bosch tenje nà man sla testa!* (¡Don Bosco ponle una mano en la cabeza!).

Salesianamente hablando, siempre he formado parte de la Inspectoría Salesiana de Piamonte-Valle de Aosta, hasta que en el CG27 me pidieron coordinar la Región Mediterránea (todas las realidades salesianas alrededor del Mar Mediterráneo, en los tres continentes que lo bordean... pero incluyendo también Portugal y algunas zonas de Europa del Este). Una experiencia salesiana maravillosa, que me transformó, haciéndome internacional en mi manera de ver y sentir las cosas. El CG28 dio el segundo paso, pidiéndome ser Vicario del Rector Mayor, ¡y aquí estamos! 10 años al lado del

P. Ángel, aprendiendo en estos años a sentir el corazón del mundo, para una congregación que está verdaderamente extendida por toda la tierra.

El futuro próximo

El servicio de estos próximos meses, hasta febrero de 2025, es pues acompañar a la Congregación al próximo Capítulo General, que se celebrará en Turín Valdocco a partir del 16 de febrero de 2025.

Queridos amigos, el Capítulo General es el momento más alto e importante de la vida de la Congregación, cuando los representantes de todas las Provincias de la Congregación se reúnen (estamos hablando más de 250 hermanos) esencialmente para tres cosas: conocerse, orar y reflexionar para “pensar en el presente y en el futuro de la Congregación” y elegir al próximo Rector Mayor y a todo su Consejo. Un momento muy importante, por tanto, que nuestro don Ángel ha dirigido en su reflexión al tema “Apasionados por Jesucristo y dedicados a los jóvenes”. Este tema que el Rector Mayor ha elegido para la congregación se articulará en tres aspectos diferentes y complementarios: la centralidad de Cristo en nuestra vida personal, la consagración religiosa; la dimensión de nuestra vocación comunitaria, en la fraternidad y corresponsabilidad laical a la que se confía la misión; los aspectos institucionales de nuestra congregación, la verificación de la animación y gobierno en el acompañamiento de la Congregación. Tres aspectos para un único tema generador.

Nuestra Congregación tiene una gran necesidad de este Capítulo General, que llega después de tantos acontecimientos que nos han conmovido a todos. Pensemos que el último Capítulo General se celebró cerca de la Pandemia.

Construir la esperanza

Celebrar un Capítulo General es celebrar la Esperanza, construir la Esperanza a través de las decisiones institucionales y personales que permiten al “sueño” de Don Bosco continuar, darle un presente y un futuro. Cada persona

está llamada a ser un sueño, en el corazón de Dios, un sueño realizado.

En la tradición salesiana existe aquella hermosa frase que Don Bosco dijo a Don Rua, llamado de nuevo a Valdocco para ocupar concretamente el lugar de Don Bosco:

“Has hecho Don Bosco en Mirabello. Ahora lo harás aquí, en el Oratorio”.

Esto es lo que realmente cuenta: “Ser Don Bosco hoy” y es el mayor regalo que podemos hacer a este mundo.

Congreso sobre la Comunicación 2024, Shaping Tomorrow

Del 1 al 7 de agosto de 2024 se celebrará en la Universidad Pontificia Salesiana (UPS) de Roma un Congreso sobre la Comunicación, titulada “Shaping Tomorrow”. Los organizadores son el Sector para la Comunicación de la Congregación Salesiana y la Facultad de Ciencias de la Comunicación Social de la Pontificia Universidad Salesiana. El objetivo es señalar nuevos caminos en la comunicación social, para “dar forma al mañana”. Presentamos la visión de los organizadores.

“Cuando se reza para que llueva, hay que tener en cuenta el barro”. Así dijo Denzel Washington, recordando las palabras de su padre. En el contexto de los medios y la comunicación, la lluvia está representada por las nuevas herramientas y oportunidades tecnológicas del siglo XXI, como la inteligencia artificial, Internet de alta velocidad, las redes sociales, los ordenadores, los portátiles, los teléfonos inteligentes y las tablets. El barro está representado por las

noticias falsas, el ciberacoso y el discurso del odio, la desaparición de las habilidades sociales y comunicativas, los filtros y las burbujas de información, la exclusión digital, entre otros.

Shaping Tomorrow es el lema del Congreso de Comunicación 2024, que se celebrará en Roma del 1 al 7 de agosto de 2024. En comunicación social, no se trata de un paraguas protector contra el chaparrón; al fin y al cabo, esperamos que llueva, igual que deseamos una buena comunicación. Se trata más bien de construir carreteras, aceras, alcantarillas y puentes, evitando y reduciendo el barro en la ciudad llamada comunicación social, Internet o medios sociales. En el contexto de las nuevas formas de comunicación, se trata de desarrollar las posibilidades tecnológicas siendo conscientes al mismo tiempo de los aspectos negativos y desafíos.

Dar forma al mañana, a medida que cambia la era de la comunicación, es como abrir la puerta adecuada sin la actitud de ingenuidad de que hay una persona esperando detrás de cada puerta. La ingenuidad en el mundo de la tecnología moderna es como compartir tus emociones con la inteligencia artificial y creer que mostrará una empatía sin límites. Un smartphone moderno no es humano, una computadora portátil no es un humano, un servidor no es humano. Sin embargo, a veces nos comportamos ingenuamente, como si el hardware y el software sustituyeran a nuestra madre, nuestro padre, nuestra familia, nuestra comunidad y las emociones que experimentamos, los deseos que queremos cumplir y las necesidades que necesitamos satisfacer. Buscamos un ser humano donde no lo hay. Lo que obtenemos en su lugar es un sustituto caricaturesco de la humanidad, las relaciones interpersonales y el tan deseado amor: la necesidad de amar a los demás y la necesidad de ser amado por los demás. Forjar el mañana significa, por el contrario, construir la comunicación a partir de una sólida antropología cristiana, sin caricatura de

la humanidad y respetando la dignidad humana.

El desarrollo de la tecnología de la comunicación en las últimas décadas ha hecho de nuestra sociedad una aldea global, donde la información viaja a la velocidad de la luz. A veces el poder de una pequeña noticia equivale al de un huracán del que habla el mundo entero. En un mundo en el que la comunicación se está convirtiendo no sólo en transmisión de información, sino también en construcción de relaciones e influencia en la sociedad, *Shaping Tomorrow* es una invitación a participar activamente en la configuración del mundo que está por venir. Sitúa al ser humano y su dignidad en el centro, en línea con la norma personalista de Juan Pablo II.

Modelar el mañana

- lo entendemos como una llamada a modelar el futuro de la comunicación salesiana a través de una comunicación responsable y eficaz;
- significa poner en el centro al ser humano y su dignidad;
- es promover la enseñanza de la Iglesia sobre la comunicación social;
- trata de la ética en la comunicación social basada en una sólida antropología;
- quiere generar y promover soluciones en el campo de la comunicación, realizando investigaciones y aportando análisis, especialmente desde una perspectiva salesiana;
- es reunir experiencia e información para generar nuevas ideas, resultados y recomendaciones en el campo de la comunicación social;
- en plena revolución digital, requiere la formación de profesionales de los medios de comunicación.
- es participar activamente en el debate público y buscar soluciones a los problemas de la comunicación social;
- es actuar a escala internacional e influir en los procesos de toma de decisiones aportando recomendaciones y soluciones.

Temas que se tratarán en el Congreso

1. Cambio de época: cultura digital e Inteligencia Artificial – Fabio Pasqualetti, sdb
2. Cambios de época en la comunicación – Fabio Bolzetta
3. Creadores de nuevos lenguajes y paradigmas para la evangelización, especialmente en el entorno digital – Hna. Xiskya Valladares
4. La comunicación con los emigrantes y refugiados – Maurizio di Schino
5. Buenas prácticas de evangelización en las redes sociales – Hna. Xiskya Valladares
6. La Iglesia en el mundo digital y la aproximación a las nuevas tecnologías en la comunicación eclesial – Fabio Bolzetta
7. La comunicación con las nuevas generaciones, en particular con la Generación Z y Alfa. ¿Cómo es la comunicación con las nuevas generaciones en el siglo XXI, tanto cara a cara como en el entorno digital? – Mark McCrindle
8. La comunicación interna y externa en la Iglesia – los tres papas – Valentina Alazraki
9. La comunicación de crisis – Valentina Alazraki
10. Involucrar al público joven – 10 consejos para dirigirse al público de la Generación Z – Laura Wagner-Meyer
11. Periodismo móvil – Simone Ferretti
12. Creadores de contenidos – Simone Ferretti
13. Migrantes y refugiados – en el contexto de la comunicación con la generación más joven a través de los medios sociales – Laura Wagner-Meyer
14. ¿Cómo puede la labor de la Iglesia católica comprender mejor las transformaciones digitales que se están produciendo en el mundo moderno? – Andy Stalman
15. ¿Cómo puede la estrategia de marca mejorar la labor de los Salesianos en el mundo? – Andy Stalman
16. Comunicación con migrantes y refugiados – Donatella Parisi

La inundación y la balsa salvadora (1886)

Nadie puede salvarse solo de la furia de las aguas en las grandes inundaciones. Todos tienen necesidad de un salvador que le lleve a su barca. Quien no sube a la barca corre el riesgo de ser arrastrado por las aguas embravecidas. Don Bosco comprendió un significado más profundo en su sueño, el de la balsa salvadora, y lo transmitió a sus jóvenes.

Don Bosco, pues, ante todos sus muchachos, habló así el lunes por la noche, primer día del año 1866:

Me pareció encontrarme a poca distancia de un pueblo que por su aspecto parecía Castelnuovo de Asti, pero que no lo era. Los jóvenes del Oratorio hacían recreo alegremente en un prado inmenso; cuando he aquí que se ven aparecer de repente las aguas en los confines de aquel campo, quedando bien pronto bloqueados por la inundación, que iba creciendo a medida que avanzaba hacia nosotros. El Po se había salido de madre e inmensos y desmandados torrentes fluían de sus orillas.

Nosotros, llenos de terror, comenzamos a correr hacia la parte trasera de un molino aislado, distante de otras viviendas y con muros gruesos como los de una fortaleza. Me detuve en el patio del mismo, en medio de mis queridos jóvenes, que estaban aterrados. Pero las aguas comenzaron a invadir aquella superficie, viéndonos obligados primeramente a entrar en la casa y después a subir a las habitaciones

superiores. Desde las ventanas se apreciaba la magnitud del desastre. A partir de las colinas de Superga hasta los Alpes, en lugar de los prados, de los campos cultivados, de los bosques, caseríos, aldeas y ciudades, sólo se descubría la superficie de un lago inmenso. A medida que el agua crecía, nosotros subíamos de un piso a otro. Perdida toda humana esperanza de salvación, comencé a animar a mis queridos jóvenes, aconsejándoles que se pusiesen con toda confianza en las manos de Dios y en los brazos de nuestra querida Madre, María.

Pero el agua había llegado ya casi al nivel del último piso. Entonces, el espanto fue general, no viendo otro medio de salvación que ocupar una grandísima balsa, en forma de nave, que apareció en aquel preciso momento y que flotaba cerca de nosotros. Cada uno, con la respiración entrecortada por la emoción, quería ser el primero en saltar a ella; pero ninguno se atrevía, porque no la podíamos acercar a la casa, a causa de un muro que emergía un poco sobre el nivel de las aguas. Un solo medio nos podía facilitar el acceso, a saber, un tronco de árbol, largo y estrecho; pero la cosa resultaba un tanto difícil, pues un extremo del árbol estaba apoyado en la balsa que no dejaba de moverse al impulso de las olas.

Armándome de valor pasé el primero y para facilitar el transbordo a los jóvenes y darles ánimo, encargué a algunos clérigos y sacerdotes que, desde el molino, sostuviesen a los que partían y desde la barca tendiesen la mano a los que llegaban. Pero icosa singular! Después de estar entregados a aquel trabajo un poco de tiempo, los clérigos y los sacerdotes se sentían tan cansados que unos en una parte, otros en otra, caían exhaustos de fuerzas; y los que los sustituían corrían la misma suerte. Maravillado de lo que ocurría a aquellos mis hijos, yo también quise hacer la prueba y me sentí tan agotado que no me podía tener de pie.

Entretanto, numerosos jóvenes dejándose ganar por la impaciencia, ya por miedo a morir, ya por mostrarse animosos, habiendo encontrado un trozo de viga bastante largo y suficientemente ancho, establecieron un segundo puente, y

sin esperar la ayuda de los clérigos y de los sacerdotes, se dispusieron precipitadamente a atravesarlo sin escuchar mis gritos:

— ¡Deteneos, deteneos, que os caeréis!, les decía yo. Y sucedió que muchos, empujados por otros o al perder el equilibrio antes de llegar a la balsa, cayeron y fueron tragados por aquellas pútridas y turbulentas aguas sin que se les volviese a ver más. También el frágil puente se hundió con cuantos estaban encima de él. Tan grande fue el número de las víctimas que la cuarta parte de nuestros jóvenes sucumbió al secundar sus propios caprichos.

Yo, que hasta entonces había tenido sujeta la extremidad del tronco del árbol, mientras los jóvenes pasaban por encima, al darme cuenta de que la inundación había superado a la altura del muro, me industrié para impulsar la balsa hacia el molino. Allí estaba don Juan Cagliero, el cual, con un pie en la ventana y con el otro en el borde de la embarcación, hizo saltar a ella a los jóvenes que habían permanecido en las habitaciones, ayudándoles con la mano y poniéndoles así en seguro.

Pero no todos los muchachos estaban aún a salvo. Cierta número de ellos se habían subido a los desvanes y desde éstos a los tejados, donde se agruparon permaneciendo los unos arrimados a los otros, mientras la inundación seguía creciendo sin cesar cubriendo el agua los aleros y una parte de los bordes del mismo tejado. Al mismo tiempo que las aguas, había subido también la balsa y yo, al ver a aquellos pobrecitos en tan terrible situación, les grité que rezasen de todo corazón; que guardasen silencio, que bajasen unidos, con los brazos entrelazados los unos con los otros para no rodar. Me obedecieron y como el flanco de la nave estaba pegado al alero, con el auxilio de los compañeros pasaron ellos también a bordo. En la balsa había además una buena cantidad de panes colocados en numerosas canastas.

Cuando todos estuvieron en la barca, inseguros aún de poder salir de aquel peligro, tomé el mando de la misma y dije a los jóvenes:

— María es la estrella del mar. Ella no abandona a los que confían en su protección; pongámonos todos bajo su manto: la Virgen nos librará de los peligros y nos guiará a un puerto seguro.

Después, abandonamos la nave a las olas; la balsa flotaba y se movía serenamente alejándose de aquel lugar. (*Facta est quasi navis institoris, de longe portans panem suum.*) (Es como nave de mercader que de lejos trae su provisión. Pr. 31, 13.) El ímpetu de las aguas, agitadas por el viento, la impulsaba a tal velocidad, que nosotros, abrazándonos los unos a los otros, formamos un todo para no caer.

Después de recorrer un gran espacio en brevísimo tiempo, la embarcación se detuvo de pronto y se puso a dar vueltas sobre sí misma con extraordinaria rapidez, de manera que parecía que se iba a hundir. Pero un viento violentísimo la sacó de aquella vorágine. Luego comenzó a bogar en forma regular, produciéndose de cuando en cuando algún remolino, hasta que, al soplo del viento salvador, fue a detenerse junto a una playa seca, hermosa y amplia, que parecía emerger como una colina en medio de aquel mar.

Muchos jóvenes estaban como encantados y decían que el Señor había puesto al hombre sobre la tierra, no sobre las aguas; y sin pedir permiso a nadie salieron jubilosos de la balsa e invitando a otros a que hicieran lo mismo, subieron a aquella tierra emergida. Breve fue su alegría, porque alborotándose de nuevo las aguas a causa de la repentina tempestad que se desencadenó, éstas invadieron la falda de aquella hermosa ladera y en breve tiempo, lanzando gritos de desesperación, aquellos infelices se vieron sumergidos hasta la cintura y, después de ser derribados por las olas, desaparecieron. Yo exclamé entonces:

— ¡Cuán cierto es que el que sigue su capricho lo paga caro!

La embarcación, entretanto, a merced de aquel turbión amenazaba de nuevo con hundirse. Vi entonces los rostros de mis jóvenes cubiertos de mortal palidez:

– ¡Animo! les grité, María no nos abandonará.

Y todos de consuno rezamos de corazón los actos de fe, esperanza, caridad y contrición; algunos padrenuestros, avemarías y la salve; después, de rodillas, agarrados de las manos, continuamos diciendo nuestras oraciones particulares. Pero algunos insensatos, indiferentes ante aquel peligro, como si nada sucediese, se ponían de pie, se movían continuamente, iban de una parte a otra, riéndose y burlándose de la actitud suplicante de sus compañeros. Y he aquí que la nave se detuvo de improviso, giró con gran rapidez sobre sí misma, y un viento impetuoso lanzó al agua a aquellos desventurados. Eran treinta; y como el agua era muy profunda y densa, apenas cayeron a ella no se les volvió a ver más. Nosotros entonamos la Salve y más que nunca invocamos de todo corazón la protección de la Estrella de mar.

Sobrevino la calma. Y la nave, cual pez gigantesco, continuó avanzando sin saber nosotros adónde nos conduciría. A bordo se desarrollaba un continuo y múltiple trabajo de salvamento. Se hacía todo lo posible por impedir que los jóvenes cayesen al agua y se intentaba, por todos los medios, salvar a los que caían en ella. Pues había quienes, asomándose imprudentemente a los bajos bordes de la embarcación, se precipitaban al lago, mientras que algunos muchachos descarados y crueles, invitando a los compañeros a que se asomasen a la borda, los empujaban precipitándolos al agua. Por eso algunos sacerdotes prepararon unas cañas muy largas, gruesos palangres y anzuelos de varias clases. Otros amarraban los anzuelos a las cañas y entregaban éstas a unos y otros, mientras que algunos ocupaban ya sus puestos con las cañas levantadas, con la vista fija en las aguas y atentos a las llamadas de socorro. Apenas caía un joven bajaban las cañas y el naufrago se agarraba al palangre o bien quedaba prendido en el anzuelo por la cintura, o por los vestidos y así era puesto a salvo. Pero también entre los dedicados a la pesca había quienes entorpecían la labor de los demás e impedían su trabajo a los que preparaban y distribuían los anzuelos. Los clérigos vigilaban para que los jóvenes, muy

numerosos aún, no se acercasen a la borda de la embarcación.

Yo estaba al pie de una alta gavia plantada en el centro, rodeado de muchísimos muchachos, sacerdotes y clérigos que ejecutaban mis órdenes. Mientras fueron dóciles y obedientes a mis palabras, todo marchó bien; estábamos tranquilos, contentos, seguros. Pero no pocos comenzaron a encontrar incómoda la vida en aquella balsa; a tener miedo de un viaje tan largo, a quejarse de las molestias y peligros de la travesía, a discutir sobre el lugar en que debíamos atracar, a pensar en la manera de hallar otro refugio, a ilusionarse con la esperanza de encontrar tierra a poca distancia y en ella un albergue seguro, a lamentarse de que, en breve, nos faltarían las vituallas, a discutir entre ellos, a negarme su obediencia. En vano intentaba yo persuadirles con razones.

Y he aquí que aparecieron ante nuestra vista otras balsas, las cuales, al acercarse, parecían seguir una ruta distinta de la nuestra; entonces aquellos imprudentes determinaron secundar sus caprichos, alejándose de mí y obrando según su propio parecer. Echaron al agua algunas tablas que estaban en nuestra embarcación y, al descubrir otras bastante largas que flotaban no muy lejos, saltaron sobre ellas y se alejaron en compañía de las otras balsas que habían aparecido cerca de la nuestra. Fue una escena indescriptible y dolorosa para mí ver a aquellos infelices que iban en busca de su ruina. Soplaban el viento; las olas comenzaron a encrespase; y he aquí que algunos quedaron sumergidos bajo ellas; otros, aprisionados entre los espirales de la vorágine y arrastrados a los abismos; otros, chocaban con objetos que había a flor de agua y desaparecían; algunos lograron subir a otras embarcaciones, pero éstas pronto se hundieron también. La noche se hizo negra y oscura; en lontananza se oían los gritos desgarradores de los naufragos. Todos perecieron. *In mare mundi submergentur omnes illi quos non súscipit navis ista*, esto es, la nave de María Santísima. (En el mar del mundo se hundirán todos los que no se refugian en esta nave.)

El número de mis queridos hijos había disminuido notablemente; a pesar de ello, con la confianza puesta en la Virgen, después de una noche tenebrosa, la nave entro finalmente, como a través de una especie de paso estrechísimo, entre dos playas cubiertas de limo, de matorrales, de astillones, cascajo, palos, ramaje, ejes destrozados, antenas, remos. Alrededor de la barca pululaban tarántulas, sapos, serpientes, dragones, cocodrilos, escualos, víboras y mil otros repugnantes animales. Sobre unos sauces llorones, cuyas ramas caían sobre nuestra embarcación, había unos gatazos de forma singular que desgarraban pedazos de miembros humanos y muchos monos de gran tamaño, que columpiándose de las mismas ramas, intentaban tocar y arañar a los jóvenes; pero éstos, atemorizados, se agachaban salvándose de aquellas amenazas.

Fue allí, en aquel arenal, donde volvimos a ver con gran sorpresa y horror a los pobres compañeros que habíamos perdido o que habían desertado de nuestras filas. Después del naufragio fueron arrojados por las olas a aquella playa. Los miembros de algunos estaban destrozados como consecuencia del choque violento contra los escollos. Otros habían quedado sepultados en el pantano y sólo se les veían los cabellos y la mitad de un brazo. Aquí sobresalía del fango un torso, más allá una cabeza; en otra parte flotaba, a la vista de todos, un cadáver.

De pronto se oyó la voz de un joven de la barca que gritaba:

– Aquí hay un monstruo que está devorando las carnes de fulano y de zutano.

Y repetía los nombres de los desgraciados, señalándolos a los compañeros que contemplaban la escena con horror.

Pero otro espectáculo no menos horrible se presentó a nuestros ojos. A poca distancia se levantaba un horno gigantesco en el cual ardía un fuego devorador. En él se veían formas humanas, pies, brazos, piernas, manos, cabezas que subían y bajaban entre las llamas confusamente, como las

legumbres en la olla cuando ésta hierve. Miramos atentamente y vimos allí a muchos de nuestros jóvenes y al reconocerlos quedamos aterrados. Sobre aquel fuego había como una tapadera, encima de la cual estaban escritas con gruesos caracteres estas palabras: «EL SEXTO Y EL SÉPTIMO CONDUCEN AQUI».

Cerca de allí había una alta y amplia prominencia de tierra o promontorio con numerosos árboles silvestres desordenadamente dispuestos, entre los que se agitaba gran número de nuestros muchachos de los que habían caído a las aguas o de los que se habían alejado de nosotros durante el viaje. Bajé a tierra, sin hacer caso del peligro a que me exponía, me acerqué y vi que tenían los ojos, las orejas, los cabellos y hasta el corazón llenos de insectos y de asquerosos gusanos que les roían aquellos órganos causándoles atrocísimos dolores. Uno de ellos sufría más que los demás; quise acercarme a él, pero huía de mí escondiéndose detrás de los árboles. Vi a otros que entreabriendo por el dolor sus ropas, mostraban el cuerpo ceñido de serpientes; otros, llevaban víboras en el seno.

Señalé a todos ellos una fuente que arrojaba agua fresca y ferruginosa en gran cantidad; todo el que iba a lavarse en ella curaba al instante y podía volver a la barca. La mayor parte de aquellos infelices obedeció mis mandatos; pero algunos se negaron a secundarlos. Entonces yo, decididamente, me volví a los que habían sanado, los cuales, ante mis instancias, me siguieron sin titubear mientras los monstruos desaparecían. Apenas estuvimos en la embarcación, ésta, impulsada por el viento, atravesó aquel estrecho, saliendo por la parte opuesta a la que había entrado, lanzándose de nuevo a un mar sin límites.

Nosotros, compadecidos del fin lastimoso y de la triste suerte de nuestros compañeros abandonados en aquel lugar, comenzamos a cantar: ¡a María!, en acción de gracias a la Madre celestial, por habernos protegido hasta entonces; y al instante, como obedeciendo a un mandato de la Virgen, cesó la furia del viento y la nave comenzó a deslizarse con rapidez sobre las plácidas olas, con una suavidad imposible de

describir. Parecía que avanzase al solo impulso que le daban los jóvenes al jugar echando el agua hacia atrás con la palma de la mano.

He aquí que seguidamente apareció en el cielo un arco iris, más maravilloso y esplendente que una aurora boreal, al pasar bajo el cual leímos escrito con gruesos caracteres de luz, la palabra *MEDOUM*, sin entender su significado. A mí me pareció que cada letra era la inicial de estas palabras: *Mater Et Dómina Omnis Universi Maria*. (María es la madre y señora del universo entero.)

Después de un largo trayecto, he aquí que apareció tierra en el horizonte; al acercarnos a ella, sentíamos renacer poco a poco en el corazón una alegría indecible. Aquella tierra amenísima, cubierta de bosques con toda clase de árboles, ofrecía el panorama más encantador que imaginarse puede, iluminada por la luz del sol naciente tras las colinas que la formaban. Era una luz que brillaba con inefable suavidad, semejante a la de un espléndido atardecer de estío, infundiendo en el ánimo una sensación de tranquilidad y de paz.

Finalmente, dando contra las arenas de la playa y deslizándose sobre ella, la balsa se detuvo en un lugar seco al pie de una hermosísima viña.

Bien se pudo decir de esta embarcación: *Eam tu, Deus, pontem fecisti, quo a mundi flúctibus trajicientes ad tranquillum portum tuum deveniamus*. (Tú, oh Dios, hiciste de ella un puente, por el que atravesando las aguas del mundo lleguemos a tu apacible puerto).

Los muchachos estaban con deseos de penetrar en aquella viña y algunos, más curiosos que otros, de un salto se pusieron en la playa. Pero, apenas avanzaron unos pasos, al recordar la suerte desgraciada de los que quedaron fascinados por el islote que se levantaba en medio del mar borrascoso, volvieron apresuradamente a la balsa.

Las miradas de todos se habían vuelto hacia mí y en la frente de cada uno se leía esta pregunta:

– Don Bosco: ¿es hora ya de que bajemos y nos paremos?

Primero reflexioné un poco y después les dije:

– ¡Bajemos! Ha llegado el momento: ahora estamos seguros.

Hubo un grito general de alegría; los muchachos, frotándose las manos de júbilo, entraron en la viña, en la cual reinaba el orden más perfecto. De las vides pendían racimos de uva semejantes a los de la tierra prometida y en los árboles había todas las clases de frutos que se pueden desear en la bella estación y todos de un sabor desconocido. En medio de aquella extensísima viña se elevaba un gran castillo rodeado de un delicioso y regio jardín y cercado de fuertes murallas.

Nos dirigimos a aquel edificio para visitarlo y se nos permitió la entrada. Estábamos cansados y hambrientos, y en una amplia sala adornada toda de oro, había preparada para nosotros una gran mesa abastecida con los más exquisitos manjares, de los que cada uno pudo servirse a su placer. Mientras terminábamos de refocilarnos, entró en la sala un noble joven, ricamente vestido y de una hermosura singular, el cual, con afectuosa y familiar cortesía, nos saludó llamándonos a cada uno por nuestro nombre. Al vernos estupefactos y maravillados ante su belleza y las cosas que habíamos contemplado, nos dijo:

– Esto no es nada; venid y veréis.

Le seguimos, y desde los balcones de las galerías nos hizo contemplar los jardines, diciéndonos que éramos dueños de todos ellos, que los podíamos usar para nuestro recreo. Nos llevó después de sala en sala; cada una superaba a la anterior por la riqueza de su arquitectura, por sus columnas y decorado de toda clase. Abrió después una puerta que comunicaba con una capilla, y nos invitó a entrar. Por fuera parecía pequeña, pero apenas cruzamos el umbral comprobamos que era tan amplia que de un extremo a otro apenas si nos podíamos ver. El pavimento, los muros, las bóvedas estaban cubiertas con mármoles artísticamente trabajados,

plata, oro y piedras preciosas; por lo que yo, profundamente maravillado, exclamé:

– ¡Esto es una belleza de cielo! Me apunto para quedarme aquí para siempre.

En medio de aquel gran templo, se levantaba sobre un rico basamento, una grande y magnífica estatua de María Auxiliadora. Llamé a muchos de los jóvenes que se habían dispersado por una y otra parte para contemplar la belleza de aquel sagrado edificio, y se concentraron todos ante la estatua de Nuestra Señora para darle gracias por tantos favores como nos había otorgado. Entonces me di cuenta de la enorme capacidad de aquella iglesia, pues todos aquellos millares de jóvenes parecían formar un pequeño grupo que ocupase el centro de la misma.

Mientras contemplaban aquella estatua, cuyo rostro era de una hermosura verdaderamente celestial, la imagen pareció animarse de pronto y sonreír. Y he aquí que se levantó un murmullo entre los muchachos, apoderándose de sus corazones una emoción indecible.

– ¡La Virgen mueve los ojos!, exclamaron algunos.

Y en efecto, María Santísima recorría con su maternal mirada aquel grupo de hijos. Seguidamente se oyó una nueva y general exclamación:

– ¡La Virgen mueve las manos!

Y en efecto, abriendo lentamente los brazos, levantaba el manto como para acogernos a todos debajo de él. Lágrimas de emoción surcaban nuestras mejillas.

– ¡La Virgen mueve los labios!, dijeron algunos.

Hízose un profundo silencio; la Virgen abrió la boca y con una voz argentina y suavísima, dijo:

– SI VOSOTROS SOIS PARA MÍ HIJOS DEVOTOS, YO SERÉ PARA VOSOTROS UNA MADRE PIADOSA.

Al oír estas palabras, todos caímos de rodillas y entonamos el canto: *Load a María*.

Se produjo una armonía tan fuerte y al mismo tiempo tan suave, que gratamente impresionado me desperté, y terminó así la visión.

Don Bosco concluyó con estas palabras:

– ¿Veis, mis queridos hijos? En este sueño podemos reconocer el mar borrascoso de este mundo. Si sois dóciles y obedientes a mis palabras y no hacéis caso de los que os aconsejan mal, después de habernos esforzado por hacer el bien y huir del mal; después de vencidas todas nuestras malas tendencias, llegaremos felizmente al término de nuestra vida, a una playa segura. Entonces vendrá a nuestro encuentro mandado por la Virgen Santísima, quien en nombre de nuestro buen Dios, nos introducirá para restaurarnos de nuestras fatigas, en su regio jardín, esto es, en el Paraíso, donde gozaremos de su amabilísima presencia divina. Pero, si por el contrario, queréis obrar, no según yo os digo, sino siguiendo vuestro capricho y desoyendo mis consejos, entonces naufragaréis miserablemente.

Don Bosco dio, en circunstancias diversas y privadamente, alguna explicación detallada de este sueño, relacionado no sólo con el Oratorio, sino también con la Pía Sociedad, según parece.

«El prado es el mundo; el agua que amenazaba ahogarnos, los peligros del mundo. La inundación tan terriblemente extendida, los vicios y las máximas irreligiosas y las persecuciones contra los buenos. El molino, esto es, un lugar aislado y tranquilo, pero también amenazado, la casa del pan, la Iglesia Católica. Los canastos del pan, la Santísima Eucaristía que sirve de viático a los navegantes. La embarcación, el Oratorio. El tronco del árbol que forma el puente entre el molino y la balsa es la Cruz, o sea, el sacrificio de sí mismo a Dios, mediante la mortificación cristiana. El leño empleado por los jóvenes, como un puente más ligero para entrar en la embarcación, es el reglamento conculcado. Muchos vienen con fines rastreros y bajos: hacer una carrera; con deseos de lucro, de honores, de comodidades, de cambiar de condición y de estado; éstos son los que no rezan y se burlan de la piedad de los demás. Los sacerdotes y los clérigos simbolizan la obediencia y las portentosas obras

de salvación que por medio de ésta se consiguen. Los remolinos, las varias y tremendas persecuciones que se suscitaron y se suscitarán. La isla sumergida, los desobedientes que no quieren permanecer en la embarcación y vuelven al mundo despreciando la vocación. Dígase lo mismo de los que se refugian en las otras balsas. Muchos caían al agua y tendían la mano a los que estaban en la embarcación y con la ayuda de los compañeros subían nuevamente a ella. Eran los dotados de buena voluntad que, habiendo caído desgraciadamente en pecado, vuelven a adquirir la gracia de Dios mediante la penitencia. El estrecho, los gatazos, los monos y demás monstruos, son las revoluciones, las ocasiones y las incitaciones a la culpa, etcétera. Los insectos en los ojos, en la lengua, en el corazón, son las miradas peligrosas, las conversaciones obscenas, los afectos desordenados. La fuente de agua ferruginosa que tenía la virtud de matar todos los insectos y de curar instantáneamente, son los sacramentos de la Confesión y de la Comunión. El lodazal y el fuego, son los lugares del pecado y de la condenación.

Con todo, hay que observar que esto no quiere decir que cuantos cayeron en el lodo y no se volvieron a ver más y los que ardían en las llamas tienen que ir a parar irremisiblemente al infierno: ¡no! Dios nos libre de afirmar semejante cosa. Sino que indica que los que se encontraban en desgracia de Dios, si hubiesen muerto entonces, se habrían condenado para siempre. La isla feliz, el templo, es la Sociedad Salesiana, consolidada y triunfante. El bizarro joven que acoge a los muchachos y los acompaña a visitar el palacio y el templo, parece que fuera un alumno muerto en posesión del Paraíso, tal vez Domingo Savio». (MB IT VIII, 275-283 / MB ES VIII, 240-248)

Maravillas de la Madre de Dios invocadas bajo el título de María Auxiliadora (8/13)

[*\(continuación del artículo anterior\)*](#)

Capítulo XV. Devoción y proyecto de una iglesia a María A. en Turín.

Antes de hablar de la iglesia erigida en Turín en honor de María Auxiliadora, conviene recordar que la devoción de los turineses a esta Benefactora celestial se remonta a los primeros tiempos del cristianismo. San Máximo, el primer obispo de esta ciudad, habla de ella como de un hecho público y antiguo.

El santuario de la Consolata es un maravilloso monumento a lo que estamos diciendo. Pero tras la victoria de Lepanto, los turineses fueron los primeros en invocar a María bajo el título especial de Auxilio de los Cristianos. El cardenal Mauricio príncipe de Saboya promovió mucho esta devoción, y a principios del siglo X hizo construir en la iglesia de San Francisco de Paula una capilla con un altar y una hermosa estatua dedicada a María Auxiliadora, realizada en mármol precioso y elegante. La Virgen se presenta sosteniendo al Divino Niño en la mano.

Este príncipe era un ferviente devoto de María Auxiliadora, y como en vida ofrendó a menudo su corazón a su Madre celestial, al morir dejó en su testamento que su corazón, como la prenda más querida de sí mismo, fuera colocado en un ataúd y puesto en la pared a la derecha del altar^[1] .

El paso del tiempo desgastó y afeó un poco esta capilla, por lo que el rey Víctor Manuel II ordenó restaurarla a sus expensas.

Así, el suelo, la predela y el propio altar quedaron como renovados.

Observando los turineses que el recurso a María Auxiliadora era un medio muy eficaz para obtener gracias extraordinarias, empezaron a unirse a la Cofradía de Múnich, en Baviera, pero debido al número abrumador de hermanos, se estableció una Cofradía en esta misma iglesia. Recibió la aprobación apostólica del Papa Pío VI, que concedió muchas indulgencias con otros favores espirituales por rescripto del 9 de febrero de 1798.

Así, la devoción de los turineses a la augusta Madre del Salvador se fue extendiendo cada vez más, y sintieron los efectos más saludables, cuando se concibió el proyecto de una iglesia dedicada a María Auxiliadora en Valdocco, un barrio densamente poblado de la ciudad. Aquí, por tanto, muchos miles de ciudadanos viven sin iglesia de ningún tipo, aparte de la de Borgo Dora, que sin embargo no puede albergar a más de 1.500 personas^[2] .

En este barrio existían las pequeñas iglesias de la Casita de la Divina Providencia y el Oratorio de San Francisco de Sales, pero ambas apenas bastaban para atender a sus respectivas comunidades.

En el ferviente deseo, por lo tanto, de proveer a las urgentes necesidades de los habitantes de Valdocco, y de los muchos jóvenes que vienen al Oratorio en días festivos desde varias partes de la ciudad, y que ya no pueden ser contenidos en la pequeña iglesia actual, se decidió intentar la construcción de una iglesia suficientemente capaz para este doble propósito. Pero una razón muy especial para la construcción de esta iglesia fue la necesidad comúnmente sentida de dar un signo público de veneración a la B. Virgen María, que, con corazón de Madre verdaderamente misericordiosa, había protegido a nuestros pueblos y nos había salvado de los males a los que tantos otros habían sucumbido.

Dos cosas quedaban por delante para poner en marcha la piadosa empresa: la ubicación del edificio y el

título con el que había de consagrarse. Para que pudieran cumplirse los designios de la Divina Providencia, esta iglesia debía construirse en la calle Cottolengo, en un sitio espacioso y libre, en el centro de aquella numerosa población. Se eligió, pues, una zona comprendida entre dicha calle del Cottolengo y el Oratorio de San Francisco de Sales.

Mientras se deliberaba sobre el título bajo el cual debía erigirse el nuevo edificio, un incidente disipó toda duda. El Sumo Pontífice reinante Pío IX, a quien nada se le escapa de lo que puede ser ventajoso para la Religión, habiendo sido informado de la necesidad de una iglesia en el lugar mencionado, envió su primera ofrenda graciosa de 500 francos, haciendo saber que María Auxiliadora sería ciertamente un título agradable a la augusta Reina del Cielo. Acompañó luego la caritativa ofrenda con una bendición especial a los obliteradores añadiendo estas palabras: "Que esta pequeña ofrenda más poderosos y generosos donantes que cooperen a promover la gloria de la augusta Madre de Dios en la tierra, y aumenten así el número de los que un día harán su gloriosa corona en el cielo".

Establecidos así el lugar y el nombre del edificio, un benemérito ingeniero, Antonio Spezia, concibió el diseño y lo desarrolló en forma de cruz latina sobre una superficie de 1.200 metros cuadrados. Durante este tiempo, surgieron no pocas dificultades, pero la Santísima Virgen, que quería este edificio para su mayor gloria, disipó, o mejor aún, eliminó todos los obstáculos que había en aquel momento, y que se agravarían en el futuro. Por lo tanto, sólo se pensó en comenzar la ansiada construcción.

Capítulo XVI. Principio de la construcción y función de la piedra fundamental.

Una vez realizadas las excavaciones a la profundidad habitual, estábamos a punto de colocar las primeras piedras y la primera cal, cuando nos dimos cuenta de que los cimientos descansaban sobre suelo aluvial y, por

tanto, incapaz de soportar los cimientos de un edificio de ese tamaño. Por lo tanto, hubo que profundizar más las excavaciones y hacer un pilotaje fuerte y ancho que correspondiera a la periferia del edificio proyectado.

El pilotaje y la excavación a una profundidad considerable fueron causa de mayores gastos, tanto por el aumento del trabajo como por la copia de materiales y maderas que hubo que colocar bajo tierra. No obstante, las obras continuaron a buen ritmo, y el 27 de abril de 1865 pudieron bendecirse los cimientos y colocarse la primera piedra.

Para entender el significado de esta función, hay que tener en cuenta que es disciplina de la Iglesia católica que nadie inicie la construcción de un edificio sagrado sin el permiso expreso del obispo, bajo cuya jurisdicción se encuentra el terreno que se va a destinar a este fin.

Aedificare ecclesiam nemo potest, nisi auctoritate dioecesani⁽³⁾

.

Una vez conocida la necesidad de la Iglesia y establecido su emplazamiento, el obispo en persona o a través de uno de sus designados va a colocar la piedra angular. Esta piedra representa a Jesucristo, a quien los libros sagrados llaman la piedra angular, es decir, el fundamento de toda autoridad, de toda santidad. El obispo, pues, con ese acto indica que reconoce su autoridad de Jesucristo, a quien pertenece ese edificio, y de quien debe depender todo ejercicio religioso que haya de tener lugar en esa iglesia en el futuro, mientras que el obispo toma posesión espiritual de ella al colocar la piedra angular.

Los fieles de la Iglesia primitiva, cuando deseaban construir alguna iglesia, marcaban primero el lugar con una cruz para denotar que el sitio, habiendo sido destinado al culto del Dios verdadero, ya no podía servir para un uso profano.

La bendición la hace entonces el obispo como hizo el patriarca Jacob cuando en un desierto levantó una piedra sobre la que hizo un sacrificio al Señor: *Lapis iste, quem*

erexi in titulum, vocabitur domus Dei. (esta piedra que he colocado como estela, se llamará casa de Dios -Gen 28, 22)

Conviene observar aquí que toda iglesia, y todo culto que en ella se ejerce, se dirige siempre a Dios, a quien está dedicado y consagrado todo acto, toda palabra, todo signo. Este acto religioso se llama *Latria*, o culto supremo, o servicio por excelencia que se rinde sólo a Dios. Las iglesias también se dedican a los santos con un segundo culto llamado *Dulia*, que significa servicio prestado a los siervos del Señor.

Cuando entonces el culto se dirige a la Santísima Virgen, se llama *Hiperdulía*, es decir, servicio por encima y más allá del que se rinde a los santos. Pero la gloria y el honor que se tributan a los santos y a la Santísima Virgen no se detienen en ellos, sino que a través de ellos van a los santos. Virgen no se detienen en ellos, sino que a través de ellos van a Dios, que es el fin de nuestras oraciones y acciones. De ahí que las iglesias estén todas consagradas primero a *Dios Óptimo Máximo*, luego a la B. Virgen María; luego a algún santo a voluntad de los fieles. Así leemos que San Marcos Evangelista en Alejandría consagró una iglesia a Dios y a su maestro San Pedro Apóstol^[4] .

También cabe señalar en torno a estas funciones, que a veces el obispo bendice la piedra angular y algún personaje ilustre la coloca en su lugar y le pone la primera cal. Así tenemos por la historia que el Sumo Pontífice Inocencio X en el año 1652 bendijo la piedra angular de la iglesia de Santa Inés en Piazza Navona, mientras que el Príncipe Pamfili Duque de Carpinete la colocaba en los cimientos.

Así, en nuestro caso, el obispo Odone, de feliz memoria, obispo de Susa, se encargó de dirigir el oficio religioso mientras el príncipe Amadeo de Saboya colocaba la piedra angular en su lugar y le echaba la primera cal.

Así pues, el 27 de abril de 1865, el servicio religioso comenzó a las dos de la tarde. El tiempo estaba

despejado, había acudido una multitud de personas, la primera nobleza de Turín y también no turineses. Los jóvenes pertenecientes a la casa de Mirabello habían acudido en aquella ocasión para formar una especie de ejército con sus compatriotas turineses.

Después de las oraciones y salmos prescritos, el venerable Prelado roció con agua lustral los cimientos del edificio, y luego se dirigió al pilar de la cúpula del lado del Evangelio, que ya estaba al nivel del suelo actual. Aquí se levantó acta de lo actuado, que fue leída en voz alta en el siguiente tenor:

“Año del Señor mil ochocientos sesenta y cinco, veintisiete de abril, dos de la tarde; décimo año del Pontificado de Pío IX, de los Condes Mastai Ferretti felizmente reinantes; décimo año del reinado de Víctor Manuel II; vacante la Sede arzobispal de Turín por fallecimiento de Monseñor Luigi dei Marchesi Franzoni, Vicario Capitular el Teólogo Colegial Giuseppe Zappata; coadjutor de la Parroquia de Borgo Dora el Teólogo Cattino Cav. Agostino; director del Oratorio de San Francisco, el sacerdote Bosco Giovanni; en presencia de S.A.R. el Príncipe Amedeo de Saboya, Duque de Aosta; el Conde Costantino Radicati Prefecto de Turín; el Consejo Municipal representado por el Alcalde de esta ciudad Lucerna di Rorà Marqués Emanuele, y la Comisión promotora de esta iglesia^[5] para ser dedicada a *Dios Óptimo Máximo* y María Auxiliadora, Monseñor Odone G. Antonio obispo de Susa, habiendo recibido la oportuna facultad del Ordinario de esta Archidiócesis, procedió a bendecir los cimientos de esta iglesia y colocó la piedra angular de la misma en el gran pilar de la cúpula del lado del Evangelio del altar mayor. Encerradas en esta piedra había varias monedas de diferente metal y valor, algunas medallas con la efigie del Sumo Pontífice Pío IX y de nuestra Soberana, y una inscripción en latín recordando el objeto de esta sagrada función. El benemérito ingeniero arquitecto Cav. Spezia Antonio, que concibió el diseño y con espíritu cristiano prestó y sigue

prestando sus servicios en la dirección de la obra.

La forma de la iglesia es la de una cruz latina, con una superficie de mil doscientos metros; el motivo de esta construcción es la falta de iglesias entre los fieles de Valdocco, y dar un testimonio público de gratitud a la gran Madre de Dios por los grandes beneficios recibidos, por los que se esperan en mayor número de esta celestial Bienhechora. La obra se inició, y se espera que llegue a feliz término con la caridad de los devotos.

“Los habitantes de este Borgo di Valdocco, el pueblo de Turín y otros fieles beneficiados por María, ahora reunidos en este bendito recinto, envían unánimemente una ferviente plegaria a Dios Nuestro Señor, a la Virgen María, Auxilio de los Cristianos, para que obtenga del cielo abundantes bendiciones sobre el pueblo de Turín, sobre los cristianos de todo el mundo, y de manera especial sobre el Jefe Supremo de la Iglesia Católica, promotor y benefactor distinguido de este sagrado edificio, sobre todas las autoridades eclesiásticas, sobre nuestro augusto Soberano, y sobre toda la Familia Real, y especialmente sobre S. A. R. el Príncipe Amedeo, Comendador Supremo de la Iglesia Católica, promotor y benefactor distinguido de este sagrado edificio, sobre todas las autoridades eclesiásticas, sobre nuestro augusto Soberano, y sobre toda la Familia Real, y especialmente sobre S. A. R. el Excelentísimo Príncipe de la Orden de Malta. S.A.R. el Príncipe Amadeo, que al aceptar la humilde invitación dio una señal de veneración a la gran Madre de Dios. Que la augusta Reina del Cielo asegure un lugar en la beatitud eterna a todos aquellos que han dado o darán trabajo para completar este sagrado edificio, o que de alguna otra manera contribuyan a aumentar el culto y la gloria de Ella sobre la tierra”.

Leído y aprobado este informe, fue firmado por todos los arriba nombrados y por las personas más ilustres presentes. A continuación fue doblado y envuelto con el diseño de la iglesia y algún otro escrito, y colocado en un jarrón de cristal especialmente preparado. Cerrado éste herméticamente,

se colocó en el hueco hecho en medio de la primera piedra. Bendecida por el obispo, se colocó más piedra encima, y el príncipe Amadeo puso sobre ella la primera cal. Después, los albañiles continuaron su trabajo hasta una altura de más de un metro.

Una vez concluidos los demás ritos religiosos, las personalidades mencionadas visitaron el establecimiento y asistieron a continuación a una representación a cargo de los propios jóvenes. Se les leyeron diversos poemas de oportunidad, se interpretaron varias piezas de música vocal e instrumental, con un diálogo, en el que se hizo un relato histórico de la solemnidad del día^[6] .

Al final de la agradable velada, la jornada concluyó con una devota acción de gracias al Señor y la bendición del Santísimo Sacramento. S.A.R. y su séquito abandonaron el Oratorio a las cinco y media, mostrándose cada uno plenamente satisfecho.

Entre otras muestras de agradecimiento, el Príncipe Augusto ofreció la graciosa suma de 500 francos de su caja especial, y regaló los instrumentos de gimnasia para los jóvenes de este establecimiento. Poco después, el ingeniero fue condecorado con la cruz de los santos Mauricio y Lázaro.

[\(continuación\)](#)

^[1] A la muerte de aquel príncipe, el conde Tesauro hizo el siguiente epígrafe, que se grabó en el suelo del altar.

D. O. M.

SERENISSIMIS PRINCEPS MAURITIUS SABAUDIAE

MELIOREM SUI PARTEM

COR

QUOD VIVENS

SUMMAE REGINAE COELORUM LITAVERAT

MORIENS CONSECRAVIT

HICQUE AD MINIMOS QUOS CORDE DILIGERAT

APPONI VOLUIT
CLAUSIT ULTIMUM DIEM
QUINTO NONAS OCTOBRIS MDCLVII.

^[2] Este distrito se llama Valdocco por las iniciales *Val. Oc. Vallis Occisorum* o valle de los muertos, porque fue regado con la sangre de los santos Adventor y Octavio, que trajeron aquí la palma del martirio.

Desde la iglesia parroquial de Borgo Dora, trazando una línea hasta la iglesia de la Consolata y la de Borgo s. Donato; luego girando hacia la fragua real de juncos hasta el río Dora, comenzaba un espacio cubierto de casas, donde vivían más de 35.000 habitantes, entre los cuales no había ninguna iglesia pública.

^[3] Consejo Aureliano. dist. I, *De consacr.*

^[4] Véase Moroni, artículo *Iglesias*.

^[5] Miembros de la comisión promotora de la lotería para esta iglesia.

Marcha «LUCERNA DI RORA Emanuele Alcalde de la Ciudad de Turín
Presidente de Honor

SCARAMPI DI PRUNEY Marzo. LODOVICO Presidente

FASSATI March. DOMENICO V. Presidente

MORIS Comm. GIUSEPPE Consejero municipal V. Presidente

GRIBAUDI Sr. GIOVANNI Doctor en Medicina y Cirugía. Secretario

OREGLIA DI S. STEFANO Cav. FEDERICO Secretario

COTTA Commendatore GIUSEPPE Senador del Reino Cajero

ANZINO Teólogo Can. VALERIO Capellán de Su Majestad

BERTONE DI SAMBUY Conde ERNESTO Director de la exposición

BOGGIO Bar. GIUSEPPE Director de exposiciones

BOSCO DI RUFFINO Cav. ALERAMO

BONA COMRNEN. Director General de Ferrocarriles del Sur

BOSCO sac. GIOVANNI Director de los Oratorios

CAYAS DE GILEITA Conde CARLO Director de la exposición

DUPRA' Cav. GIO. Batt. Contable de la Cámara de Cuentas

DUPRÈ Cav. GIUSEPPE Consejero municipal

FENOGLIO Commendatore PIETRO Ecónomo General

FERRARI DE CASTELNUOVO Marzo. EVASIO

GIRIODI Cav. CARLO Director de exposiciones

MINELLA sac. VINCENZO Directora de exposiciones

PERNATI DI MOMO Cav. Com. Ministro de Estado, Senador del Reino

PATERI Cav. ILARIO Prof. y Concejal Municipal

PROVANA DE COLLEGNO Conde y abogado ALESSANDRO

RADICATI Conde COSTANTINO Prefecto

REBAUDENGO Com. Gio. Secretario General del Ministro de la Casa Real

SCARAMPI DI VILLANUOVA Cav. CLEMENTE Director de la exposición

SOLARO DELLA MARGHERITA Conde ALBERTO

SPERINO Comm. CASIMIRO Doctor en Medicina

UCCELLETTI Sr. CARLO Director de la exposición

VOGLIOTTI Cav. ALESSANDRO Can. Pro-Vicar General

VILLA DI MOMPASCALE Conde GIUSEPPE Director de la exposición

VIRETTI Sr. MAURIZIO Abogado Director de la exposición

^[6] Uno de los poemas con el diálogo y la inscripción puede leerse en el Apéndice, al final del folleto.

Corregir a los “hijos rebeldes” con San Francisco de Sales

En septiembre de 1594, Francisco de Sales, sacerdote de la catedral, llegó, acompañado de su primo, a Thonon, en Chiablèse, provincia situada al sur del lago Lemán y cerca de Ginebra, para explorar el territorio con el fin de reconquistar posiblemente al catolicismo aquella provincia, convertida en protestante desde hacía sesenta años. Comenzó así una aguda fase de enfrentamiento con los hijos rebeldes de la santa Iglesia, que marcaría toda su vida como hombre de Iglesia. Hasta su muerte en 1622, emplearía todos los recursos de un arte también característico del educador frente a los “hijos rebeldes”.

Reconquistar almas

En la época de Francisco de Sales, los partidarios de una “reducción” de los herejes por la fuerza eran numerosos. Su padre, el señor de Boisy, opinaba que era necesario hablarles “a boca de cañón”. Aunque la fuerza política y militar de que disponía el duque de Saboya en Chiablèse le había permitido conquistar “el cuerpo” de los

habitantes, lo que era más importante para Francisco de Sales, y constituía su principal objetivo, era conquistar las almas. En otras palabras, dijo a Filotea que “quien conquista el corazón del hombre, conquista al hombre entero”.

Lo primero que había que hacer era saber exactamente cuál era la posición de los adversarios. ¿Cómo discutir con los protestantes si no se ha leído la *Institución de la Religión Cristiana* de Calvino? El joven sacerdote escribió ya en 1595 a su antiguo director espiritual, el padre Possevino:

Ya no me atrevo en modo alguno a atacar a Calvino o a Beza, [...] sin que todos quieran saber exactamente a qué atenerme. Por esto, ya he sufrido dos afrentas, que no me habrían tocado, si no hubiera confiado en las citas de libros que me engañaron. [...] En una palabra, en estas comarcas, todo el mundo tiene siempre a mano las “Instituciones”; me encuentro en un país donde todo el mundo conoce de memoria sus “Instituciones”.

Poseemos una lista que contiene más de sesenta libros prohibidos, cuyo uso fue permitido a Francisco de Sales por la Congregación de la Inquisición. No sólo contiene obras de Calvino, Beza y diversos autores protestantes, sino también traducciones de la Biblia al francés, catecismos protestantes, libros sobre controversias calvinistas, tratados sobre teología protestante y vida evangélica, panfletos contra el Papa o simplemente libros de católicos que fueron incluidos en el índice.

Después de la ciencia, la misión exigía cualidades morales y espirituales especiales, empezando por el desinterés total. Su amigo y discípulo, el obispo Jean-Pierre Camus, subrayó esta actitud de desprendimiento que iba a caracterizar toda la vida de Francisco de Sales: “Aunque los de Ginebra le retenían todos los ingresos de la mesa episcopal y el producto de su capítulo, nunca le oí quejarse de tales retenciones”. Por otra parte, según Francisco de Sales, no había que

preocuparse demasiado por los bienes eclesiásticos, porque, decía, “el destino de los bienes de la Iglesia es como el de la barba: cuanto más se la afeita, más robusta y espesa crece”.

Su objetivo era puramente pastoral: “No suspiraba por otra cosa que por convertir a las almas rebeldes a la luz de la verdad, que sólo brilla en la verdadera Iglesia”. Cuando hablaba de Ginebra, “a la que llamaba su pobre o amada (términos de compasión y amor), a pesar de su rebeldía”, suspiraba a veces: “*Da mihi animas, caetera tolle tibi*”. Entendida en su sentido literal, que es el del libro del Génesis (cf. Gn 14,21), tal petición hecha a Abraham por el rey de Sodoma tras la victoria que le había permitido recuperar a los prisioneros de guerra y los bienes arrebatados al enemigo, significaba simplemente: “Dame las personas y quédate con todo lo demás”, es decir, con el botín. Pero en labios de Francisco de Sales, estas palabras se convirtieron en la oración que el misionero dirigía a Dios para pedirle “almas”, renunciando por completo a las recompensas materiales y a los intereses personales.

Él mismo, falto de recursos (su padre le había cortado los vivires durante la misión en Chiablese para convencerle de que renunciara), quería ganarse la vida con su trabajo. Dijo

Cuando predicaba la fe en Chiablese, a menudo deseaba ardientemente saber hacer algo, para imitar a San Pablo, que se alimentaba con el trabajo de [sus] manos; pero no sirvo para nada, salvo para remendar mi ropa de alguna manera; sin embargo, es cierto que Dios me ha concedido la gracia de no ser una carga para nadie en Chiablese; cuando no tenía con qué alimentarme, mi buena madre me enviaba a escondidas ropa blanca y dinero de Sales.

La rebelión de los protestantes había sido causada en gran parte por los pecados del clero, por lo que su conversión exigía sobre todo tres cosas de los misioneros:

oración, caridad y espíritu de sacrificio. Escribió a su amigo Antoine Favre en noviembre de 1594: “La oración, la limosna y el ayuno son las tres partes que componen la cuerda que el enemigo rompe con dificultad; con la gracia divina, intentaremos atar con ella a este adversario”.

El método salesiano

Lo primero que había que hacer era ponerse en el mismo terreno intelectual que los adversarios. Lo menos que podía decirse de ellos a este respecto era que eran absolutamente refractarios a los argumentos filosóficos y teológicos heredados de la escolástica medieval. Un punto importante, éste, que fue señalado por Pierre Magnin:

Evitó con todas sus fuerzas lanzarse a las disputas y querellas de la escolástica, ya que esto se hacía en vano y, para la gente, el que da la voz más alta siempre aparece como si tuviera más razón. En lugar de ello, se dedicó principalmente a proponer con claridad y articulación los misterios de nuestra santa fe y a defender a la Iglesia católica contra las vanas creencias de sus enemigos. Para ello, no se cargó con muchos libros, pues durante unos diez años sólo utilizó la Biblia, la “Suma” de Santo Tomás y las “Controversias” del cardenal Belarmino.

En efecto, si Santo Tomás le proporcionaba el punto de referencia católico y “el eminente teólogo” Belarmino el arsenal de pruebas contra los protestantes, la única base de discusión posible era la Biblia. Y en esto estaba de acuerdo con los herejes:

La fe cristiana se funda en la palabra de Dios; es ella la que la coloca en el grado supremo de seguridad, porque tiene como garante una verdad tan eterna e infalible. La fe que se apoya en otra cosa no es cristiana. Por tanto, la palabra de Dios es la verdadera regla de la buena fe, ya que ser fundamento y regla en este campo es lo mismo.

Francisco de Sales fue muy severo con los autores y difusores de errores, especialmente con los “heresiarcas” Calvino y los ministros protestantes, hacia quienes, para él, no era concebible tolerancia alguna. Su paciencia, por el contrario, era ilimitada hacia todos aquellos que consideraba víctimas de sus teorías. También Pierre Magnin asegura que Francisco escuchaba pacientemente sus dificultades sin montar nunca en cólera y sin proferir palabras insultantes contra ellos, a pesar de que estos herejes eran acalorados en sus disputas y solían valerse de insultos, burlas o calumnias; en cambio, les mostraba un amor muy cordial, para convencerles de que no le animaba otro interés que la gloria de Dios y la salvación de las almas.

En un apartado de su libro titulado *De la Acogida*, J.-P. Camus señaló una serie de rasgos del modelo salesiano, que lo diferenciaban de otros misioneros de Chiablèse (probablemente capuchinos) de largas túnicas y aspecto austero y rudo, que apostrofaban a la gente con las expresiones: “corazones incircuncisos, rebeldes a la luz, obstinados, raza de víboras, miembros corrompidos, chispas del infierno, hijos del diablo y de las tinieblas”. Para no atemorizar a la población, Francisco y sus colaboradores habían decidido “partir vestidos con capas y botas cortas, convencidos de que así accederían más fácilmente a las casas de la gente y no molestarían a las empresas llevando túnicas largas que eran nuevas para ellos”.

Siempre según Camus, fue denunciado ante el obispo porque llamaba “hermanos” a los herejes, aunque siempre se trataba de hermanos “errantes”, a los que invitaba a la reconciliación y a la reunificación. A los ojos de Francisco, la fraternidad con los protestantes se justificaba por tres motivos:

Ellos, de hecho, son nuestros hermanos en virtud del bautismo, que es válido en su Iglesia; lo son, además, en cuanto a sangre y carne, porque nosotros y ellos somos descendientes de

Adán. Además, somos conciudadanos y, por tanto, súbditos del mismo príncipe; ¿no es esto capaz de constituir cierta fraternidad? Además, los consideraba como hijos de la Iglesia en cuanto a su disposición, porque se dejan instruir, y como mis hermanos en cuanto a la esperanza de la misma llamada a la salvación; y es precisamente [con el nombre de hermanos] como se llamaba antiguamente a los catecúmenos antes de bautizarlos.

Hermanos perdidos, hermanos rebeldes, pero hermanos, al fin y al cabo. Los misioneros “de choque” le criticaron, entonces, porque “lo echaba todo a perder pensando que hacía el bien, porque complacía al orgullo tan natural de la herejía, porque dormía a esa gente en su error, acomodando la almohada bajo el codo; cuando en cambio era mejor corregirles usando la misericordia y la justicia, sin ungirles la cabeza con el aceite de la adulación”. Por su parte, Francisco trataba a la gente con respeto, incluso con compasión, y “si otros pretendían hacerse temer, él deseaba hacerse amar y entrar en los espíritus por la puerta de la complacencia”.

Aunque Camus parece forzar las características oponiendo los dos métodos, es cierto que el método salesiano tenía sus propias características. La táctica que empleó con un calvinista como Jean-Gaspard Deprez lo demuestra claramente: con ocasión de su primer encuentro -cuenta-, “se acercó a mí y me preguntó cómo iba el pequeño mundo, es decir, el corazón, y si creía que podía salvarme en mi religión y cómo servía a Dios en ella”. Durante las conversaciones secretas que mantuvo en Ginebra con Teodoro de Beza, sucesor de Calvino, utilizó el mismo método basado en el respeto al interlocutor y el diálogo cortés. El único que se enfadó fue Beza, que pronunció “palabras indignas de un filósofo”.

Según Georges Rolland, que vio a menudo trabajar a Francisco con los protestantes, “nunca les presionó [...] hasta el punto de hacerles indignarse y sentirse cubiertos de vergüenza y confusión”, sino que “con su dulzura ordinaria les

respondió juiciosamente, despacio, sin acritud ni desprecio, y por este medio se ganó sus corazones y su buena voluntad". También añade que "a menudo era criticado por los católicos que le seguían a estas conferencias, porque trataba a sus oponentes con demasiada delicadeza. Le decían que debía hacer que se avergonzaran de sus respuestas impertinentes; a lo que él respondía que emplear palabras insultantes y despectivas no haría más que desanimar y entorpecer a esos pobres descarriados, mientras que era necesario intentar salvarlos y no confundirlos. Y en la cátedra, hablando de ellos, decía: "Nuestros señores adversarios", y evitaba en lo posible el nombre de herejes o hugonotes.

A la larga, este método resultó eficaz. La hostilidad inicial de los habitantes de Chiablese, familiarizados con los términos insultantes de "papista", "mago", "hechicero", "idólatra" y "tuerto", fue dando paso al respeto, la admiración y la amistad. Comparando este método con el de otros misioneros, Camus escribió que Francisco "cazaba más moscas con una cucharada de miel tan familiar para él, que todos ellos con sus barriles de vinagre". Según Claude Marin, los primeros que se atrevían a acercarse a él eran los niños; "les daba una caricia acompañada de una palabra dulce". Un recién convertido tentado de volverse atrás le decía: "Has recuperado mi alma".

En busca de una nueva forma de comunicación

Al principio de su misión en Chiablese, Francisco de Sales se topó pronto con un muro. Los dirigentes del partido protestante habían decidido prohibir a sus correligionarios asistir a los sermones del sacerdote papista. ¿Qué hacer en tales condiciones? Puesto que los habitantes de Thonon no querían acudir a él, él acudiría a ellos. ¿Cómo? La nueva forma de comunicación consistiría en redactar y distribuir periódicamente folletos, fáciles de leer a voluntad en sus casas.

La empresa comenzó en enero de 1595. Redactó los

primeros artículos, copiados a mano mientras esperaba los servicios de una imprenta, y los distribuyó poco a poco. Cada semana enviaba a imprimir a Chambéry un nuevo folleto, que luego hacía distribuir en las casas de Thonon y en el campo. Dirigiéndose a los “señores de Thonon”, Francisco de Sales les explicó los porqués y el cómo de esta iniciativa:

Habiendo dedicado un poco de tiempo a predicar la palabra de Dios en vuestra ciudad, sin haber sido oído por vosotros más que raramente, poco a poco y en secreto, para no dejar piedra sobre piedra por mi parte, empecé a poner por escrito algunas razones principales, que elegía sobre todo en mis sermones y trataba previamente de viva voz en defensa de la fe de la Iglesia.

Distribuidos periódicamente en los hogares, los folletos aparecían como una especie de revista semanal. ¿Qué ventajas pensabas obtener de esta nueva forma de comunicación? Al dirigirse a los “señores de Thonon”, Francisco de Sales destacó las cuatro “conveniencias” de la comunicación escrita:

1. Lleva la información a casa. 2. Facilita la confrontación pública y el debate de opiniones con el adversario. 3. Es cierto que “las palabras pronunciadas con la boca están vivas, mientras que escritas en papel están muertas”; sin embargo, la escritura “se puede manejar, ofrece más tiempo para la reflexión que la voz y permite reflexionar más profundamente”. 4. La comunicación escrita es un medio eficaz para combatir la desinformación, porque da a conocer con precisión el pensamiento del autor y permite verificar si el pensamiento de un personaje corresponde o no a la doctrina que dice defender. Esto le hizo decir: “No digo nada a Thonon, salvo lo que quiero que se sepa en Annecy y en Roma, en caso de necesidad”.

De hecho, consideraba que su primer deber era luchar contra las deformaciones de la doctrina de la Iglesia por parte de los autores protestantes. J.-P. Camus lo explica

con precisión:

Uno de sus mayores males reside en el hecho de que sus ministros falsifican nuestras creencias, de modo que su presentación resulta ser algo muy distinto de lo que es en realidad: por ejemplo, que no damos ninguna importancia a la Sagrada Escritura; que adoramos al Papa; que consideramos a los santos como dioses; que damos más importancia a la Santísima Virgen que a Jesucristo; que adoramos a las imágenes con una adoración latréutica y les atribuimos un aura divina; que las almas del purgatorio están en el mismo estado y en la misma desesperación que las del infierno; que adoramos el pan de la Eucaristía; que privamos a las personas de participar de la sangre de Jesucristo; que no nos importan los méritos de Jesucristo, atribuyendo la salvación únicamente a los méritos de nuestras buenas acciones; que la confesión auricular es un tormento del espíritu; e invectivas similares, que hacen que nuestra religión sea odiosa y esté desacreditada entre estas personas, que están así desinformadas y engañadas.

Dos actitudes caracterizan el proceder personal de Francisco de Sales como “periodista”: por una parte, el deber de informar con precisión a sus lectores, explicándoles las razones de la posición católica, en definitiva, de serles útil; por otra, un gran deseo de mostrarles su afecto. Dirigiéndose a sus lectores, declaró inmediatamente: “Nunca leeréis un escrito dirigido a vosotros de un hombre tan aficionado a vuestro bien espiritual como yo”.

Junto a la comunicación escrita, utilizó incidentalmente otras formas de comunicación, en particular el teatro. Con ocasión del gran acontecimiento católico de Annemasse, en septiembre de 1597, al que asistió una multitud de varios miles de personas, se representó un drama bíblico titulado El sacrificio de Abraham, en el que el sacerdote se hacía pasar por Dios Padre. El texto, compuesto en verso, no era obra suya; sin embargo, fue él quien sugirió el tema a su primo, el canónigo de Sales, y a su hermano Luis, a quien se

consideraba “sumamente versado en letras humanas”.

Verdad y caridad

El autor del libro *El Espíritu del Beato Francisco de Sales* captó bien el corazón del mensaje salesiano en su forma definitiva, al parecer, cuando tituló el comienzo de su obra: De la verdadera caridad, citando esta “frase preciosa y notable” de su héroe: “La verdad que no es caritativa brota de la caridad que no es verdadera”.

Para Francisco de Sales, explica Camus, toda corrección debe tener por objeto el bien del que debe ser corregido (lo que puede causar un sufrimiento momentáneo) y debe hacerse con dulzura y paciencia. Es más, quien corrige debe estar dispuesto a sufrir la injusticia y la ingratitud de quien recibe la corrección.

De la experiencia de Francisco de Sales en Chiablèse se recordará que la indispensable alianza de la verdad con la caridad no siempre es fácil de poner en práctica, que hay muchas maneras de ponerla en práctica, pero que es indispensable para quienes están animados por una auténtica preocupación por la corrección y la educación de los “hijos rebeldes”.

Exposición por el 200 aniversario del sueño de don Bosco

Un diálogo entre el pasado, el presente y el futuro: exposición temporal por el 200 aniversario del sueño de don Bosco. Museo Casa Don Bosco

Hacer referencia a la biografía de don Bosco sin mencionar el mundo de los sueños es suprimir un aspecto importante de su identidad. La vida del santo estuvo marcada por lo sobrenatural, por las visiones y los sueños que Dios le enviaba desde su infancia, cuando entre los nueve y los diez años, Giovannino Bosco tuvo su primer sueño, que le quedó profundamente marcado y le acompañó durante toda su vida.

El sueño fue considerado profético porque iluminó su proyecto de vida, tanto en la elección del estado eclesiástico como en la dedicación total a la juventud pobre y abandonada. De hecho, en cierto modo marcó su camino, dado que inició en los prados de Becchi, su ciudad natal, se concretizó e hizo realidad en Turín cuando se estabilizó en el barrio de Valdocco y lo recordó en la iglesia del Sagrado Corazón de Jesús, en el Castro Pretorio en Roma, un año antes de morir. Paralelamente, desde 1875, con las misiones salesianas, abrazaba diferentes continentes del mundo llegando hasta la actualidad, donde la presencia salesiana trabaja por mantener vivo el sueño del fundador.

Dos siglos después, conscientes de que el sueño que tuvo don Bosco sigue siendo un acontecimiento que permanece actual, el museo de la casa madre de Valdocco-Turín, Museo Casa Don Bosco, inauguró una exposición temporal el 22 de mayo que permanecerá abierta hasta el 22 de septiembre de 2024.

La muestra, fruto de una investigación previa, se encuentra dividida en diferentes secciones que profundizan en la narración, la historia, la iconografía del sueño en las artes y la resonancia del sueño hoy, doscientos años después.

La selección de los objetos histórico-artísticos en diferentes soportes contribuye a descubrir diferentes momentos de la historia salesiana que recuerdan este acontecimiento crucial en la vida del santo. Junto a las fotografías históricas, se presentan objetos del periodo comprendido entre la beatificación (1929) y canonización (1934), cuando comenzó la

representación del Sueño en las artes: ilustraciones en los libros, postales, monedas conmemorativas, óleos, pinturas sobre papel, etc.

La exposición presenta una importante selección de láminas originales. Los artistas Corrado Mezzana (1890- 1952), Guido Grilli (1905-1967), Cosimo [Nino] Musío (1933-2017) y Alarico Gattia (1927- 2022) son algunos de los autores. Los cómics de Grilli, Musío y Gattia fueron encargados por la *Libreria della Dottrina Cristiana* (1941), fundada por el cuarto sucesor de Don Bosco, don Pietro Ricaldone (1870-1951). La actual Editorial Elledici conserva estas obras, que se han difundido en diversas publicaciones, medios, formatos e idiomas de todo el mundo en esta exposición se muestran por primera vez los originales.

Complementan la exposición las diecisiete fotografías ganadoras del concurso internacional de fotografía convocado en enero de 2024 y promovido por la casa museo con el objetivo de acoger el talento artístico y creativo de todo el mundo salesiano. Las instantáneas se encuentran descritas por los propios autores en el idioma original y proceden de Italia, México, Panamá, Eslovaquia, España y Venezuela.

Estas imágenes dialogan entre pasado, presente y futuro y nos hacen reflexionar sobre cómo, dos siglos después, el Sueño de Don Bosco se ha hecho realidad en las presencias salesianas de todo el mundo.

Asimismo, el sector de Pastoral Juvenil de la Congregación Salesiana promueve la celebración del Sínodo de los jóvenes y, con motivo del bicentenario del sueño, recogió en la publicación "Diamantes ocultos" más de 200 sueños de jóvenes de todo el mundo, algunos de ellos, expuestos en la muestra.

Foto: Guido Grilli (1905-1967), *Sogno di Giovannino*, 16.6 x 23 cm., 1952, filmina D15, cuadro n. 4. *Archivio Storico Editrice Elledici*.

dra. Ana MARTÍN GARCÍA

Historiadora del arte, conservadora del patrimonio cultural y doctora europea (Doctor Europaus) en artes visuales por la Universidad de Bolonia. Antigua alumna de los Salesianos de Estrecho (Madrid, España). Desde 2023 trabaja en la dirección del Museo Casa Don Bosco de Valdocco-Turín como Coordinadora General.

Don Bosco en las Islas Salomón

Acompañados por un salesiano local, conozcamos una importante presencia educativa en Oceanía.

La presencia de Don Bosco ha llegado a todos los continentes del mundo, podemos decir que sólo falta la Antártida, e incluso en las islas de Oceanía se extiende el carisma salesiano, bien adaptado a las diferentes culturas y tradiciones.

Desde hace casi 30 años, los salesianos trabajan también en las Islas Salomón, un país del suroeste del Pacífico formado por más de 900 islas. Llegaron el 27 de octubre de 1995, a petición del arzobispo emérito Adrian Smith, y comenzaron a trabajar con tres hermanos procedentes de Japón, los primeros pioneros salesianos en el país. Al principio se instalaron en Tetere, en la parroquia de Cristo Rey, a las afueras de la capital Honiara, en la isla de Guadalcanal, y más tarde abrieron otra presencia en Honiara, en la zona de Henderson. Hay al menos diez salesianos trabajando en el país y proceden de diferentes países de Asia y Oceanía: Filipinas, India, Corea, Vietnam, Papúa Nueva Guinea y las Islas Salomón.



Las Islas Salomón son un país muy pobre de la región oceánica de Melanesia, que ha experimentado mucha inestabilidad política y problemas sociales desde su independencia en 1978, sufriendo conflictos y violentos enfrentamientos étnicos dentro de sus fronteras. Aunque se le conoce como las “Islas Felices”, el país se aleja poco a poco de esta identidad, ya que se enfrenta a todo tipo de retos y problemas derivados del consumo de drogas y alcohol, la corrupción, los embarazos precoces, las familias rotas, la falta de oportunidades laborales y educativas, etc., afirma el salesiano Thomas Bwagaaro, que nos acompaña en este artículo.

Las Islas Salomón tienen una población estimada de unas 750.000 personas, y la mayoría son jóvenes. La población es predominantemente melanesia, con algunos micronesios, polinesios y otros pueblos. La mayoría de la población es cristiana, pero también hay otras confesiones como la fe Bahai y el Islam que se están abriendo paso poco a poco en el país. Los paradisíacos paisajes marinos y la rica biodiversidad hacen de estas islas un lugar fascinante y frágil al mismo tiempo. Thomas nos cuenta que los jóvenes son en general dóciles y sueñan con un futuro mejor. Sin embargo, con el aumento de la población y la falta de servicios e incluso de un espacio para obtener una educación superior, parece que la juventud actual está en general frustrada con el gobierno y muchos jóvenes recurren a la delincuencia, como el tráfico de drogas ilegales, alcoholismo, carteristas, robos etc., sobre todo en la ciudad, sólo para obtener ingresos. En esta situación nada fácil, los salesianos se arremangan para ofrecer esperanza de futuro.

En la comunidad de Tetere, el trabajo se concentra en la escuela, un centro de formación profesional que ofrece cursos de agricultura, y en la parroquia de Cristo Rey. Además

de los cursos de educación formal, en la escuela hay patios de recreo para los alumnos, los jóvenes que acuden a la parroquia y las comunidades que viven en la misma zona, y el oratorio está abierto los fines de semana. El reto al que se enfrenta la comunidad es la distancia que la separa de Honiara y la falta de recursos para ayudar a la escuela a satisfacer el bienestar de los alumnos. En cuanto a la parroquia, el mal estado de las carreteras que conducen a las aldeas es una de las principales preocupaciones, lo que a menudo contribuye a los problemas con los vehículos y, por tanto, dificulta el transporte.

La comunidad de Honiara-Henderson dirige una escuela técnica profesional que atiende a jóvenes de ambos sexos que han abandonado la escuela y no tienen la oportunidad de continuar sus estudios. Los cursos técnicos van desde tecnología eléctrica, fabricación y soldadura de metales, administración de oficinas comerciales, hostelería y turismo, tecnología de la información, tecnología del automóvil, construcción de edificios y curso de energía solar.

Además, la comunidad también apoya un centro de aprendizaje que atiende principalmente a niños y jóvenes del basurero de Honiara y de las comunidades de los alrededores que no tienen la oportunidad de asistir a las escuelas normales.



Sin embargo, debido a la falta de instalaciones, no todos pueden ser acogidos en el centro, a pesar de los esfuerzos de toda la comunidad. Siguiendo el Sistema Preventivo de Don Bosco, los Salesianos no sólo ofrecen oportunidades educativas, sino que también cuidan el aspecto espiritual de los alumnos a través de diversos programas y actividades religiosas, para formarlos como “buenos cristianos y honrados ciudadanos”. A través de sus programas, la escuela salesiana

transmite s los chicos mensajes positivos y los educan en la disciplina y el equilibrio, para evitar que caigan en los problemas del consumo de drogas y alcohol, muy extendidos entre los jóvenes. Un reto al que se enfrenta la comunidad salesiana para ofrecer una educación de calidad es la formación del personal, para que sea siempre profesional y al mismo tiempo comparta los valores carismáticos salesianos, en un espíritu de corresponsabilidad educativa. La escuela necesita misioneros laicos y voluntarios que se comprometan a ayudar a los jóvenes a realizar sus sueños y a convertirse en una mejor versión de sí mismos.

Aunque es probable que la situación actual del país sea más difícil en los próximos años, Thomas nos dice: “Creo que los jóvenes de las Islas Salomón quieren y esperan un futuro mejor, quieren personas que les inspiren sueños, que les acompañen, que les escuchen y les guíen para que tengan esperanza y miren más allá de los retos y problemas que viven continuamente cada día, sobre todo cuando emigran a la ciudad.

Pero, ¿cómo puede nacer una vocación a la vida consagrada salesiana en las Islas Salomón?

Thomas Bwagaaro es uno de los dos únicos salesianos de las Islas Salomón. “Para mí es un privilegio trabajar para los jóvenes de mi país. Como local, tratar con jóvenes y escuchar las luchas a las que a veces se enfrentan me da fuerza y valor para ser un buen salesiano”. El trabajo educativo y el testimonio personal de vida pueden ser una fuente de inspiración para otros jóvenes que quieran unirse a la congregación salesiana y continuar el sueño de Don Bosco de ayudar a los jóvenes de esta región, como ocurrió en la historia de Thomas. Su camino para convertirse en salesiano comenzó como estudiante en Don Bosco Tetere en 2011. Inspirado por la forma en que los salesianos interactuaban con los estudiantes, quedó cautivado y recuerda sus dos años allí como la mejor experiencia estudiantil, que le dio esperanza y la oportunidad de soñar con un futuro brillante, a pesar de la difícil situación y la falta de oportunidades. El camino

vocacional en la comunidad comenzó con la participación en los momentos de oración matutinos y vespertinos de los Salesianos, con un sentimiento gradual y creciente de compartir. Así, en 2013, Thomas ingresó en el aspirantado salesiano “Savio Haus” en Port Moresby, Papúa Nueva Guinea, frecuentando durante cuatro años el colegio con otros compañeros. La formación salesiana, claramente internacional, continuó en Filipinas, en Cebú, con el prenoviciado y el posterior noviciado, al final del cual Thomas hizo sus primeros votos como salesiano en el Santuario de María Auxiliadora de Port Moresby en la solemnidad de María Auxiliadora, el 24 de mayo de 2019. Después volvió a Filipinas para estudiar filosofía y finalmente regresó a la visitaduría “PGS”, es decir la provincia salesiana que incluye Papúa Nueva Guinea y las Islas Salomón. “Como salesiano local, estoy muy agradecido a mi familia que me apoyó de todo corazón y a los hermanos que me dieron buen ejemplo y me acompañaron en mi camino como joven salesiano”. La vida religiosa, junto a los jóvenes y a muchos laicos ejemplares, sigue siendo tan pertinente hoy como lo fue en el pasado. “Mirando al futuro, puedo decir con confianza que las Islas Salomón seguirán teniendo muchos jóvenes y la necesidad de que los salesianos, los voluntarios salesianos y compañeros misioneros laicos para continuar con este maravilloso apostolado de ayudar a los jóvenes a ser buenos cristianos y honrados ciudadanos será muy relevante”.

Marco Fulgaro

Entrevista con el P. Philippe

BAUZIÈRE, Inspector de Brasil Manaus

Hemos pedido al P. Philippe BAUZIÈRE, nuevo inspector de Brasil Manaus (BMA), que responda a algunas preguntas para los lectores del Boletín Salesiano OnLine.

El P. Philippe Bauzière nació en Tournai, Bélgica, el 2 de febrero de 1968. Hizo el noviciado salesiano en la casa de Woluwe-Saint-Lambert (Bruselas) e hizo su primera profesión, también en Bruselas, el 9 de septiembre de 1989. En 1994 llegó por primera vez a Brasil, a Manaus, donde hizo su profesión perpetua el 5 de agosto del año siguiente.

Fue ordenado diácono en Ananindeua el 15 de noviembre de 1997, y un año después, el 28 de junio de 1998, fue ordenado sacerdote en la catedral de su ciudad natal, Tournai.

Sus primeros años como sacerdote los pasó en la presencia salesiana de Manaus Alvorada (1998-2003). De 2004 a 2008, vivió en Porto Velho, primero como párroco y luego como Director (2007-2008). En los años siguientes, vivió en Belém, São Gabriel de Cachoeira y Ananindeua. A partir de 2013-2018 estuvo en Manicoré como Párroco y Director. De vuelta a Manaus, vivió en las casas de Alvorada, Domingos Savio y Aleixo hasta 2022. Este año, 2023, está en Ananindeua, donde acompaña la “Escuela Salesiana del Trabajo”. Desde 2019, es miembro del Consejo Provincial, donde ha desempeñado diversos cargos de responsabilidad: desde 2021, es Vicario Provincial y también Delegado Provincial para la Familia Salesiana y para la Formación.

El P. Bauzière sucede al P. Jefferson Luís da Silva Santos, que ha terminado su mandato de seis años como Superior de la Provincia de Brasil-Manaus.

¿Puedes hacernos una autopresentación?

Soy Philippe Bauzière, salesiano de Don Bosco,

missionero durante treinta años en Brasil y sacerdote desde hace veintiséis. Comprendí mi vocación, la llamada del Señor, sobre todo a través del aspecto misionero. Una gran influencia fue el párroco de mi pueblo en Bélgica: era un Oblato de María Inmaculada que había vivido muchos años en Sri Lanka y Haití, que compartía su experiencia misionera... Así, a los dieciocho años, tras un discernimiento, me di cuenta de que el Señor me llamaba a la vida religiosa y al sacerdocio.

Una curiosidad: soy el mayor de mis dos hermanos, y en aquella época ellos iban a un colegio salesiano; yo iba a un colegio diocesano... ¡Y fui yo mismo quien descubrió a los Salesianos! Y fue el espíritu salesiano el que me conquistó.

En septiembre de 1989 hice mi primera profesión religiosa, pidiendo ir a las misiones. El entonces Consejero para las Misiones, P. Luciano Odorico, me envió a la Inspectoría del Amazonas (Manaus, Brasil), donde llegué el 30 de junio de 1994.

Los primeros retos fueron los de la adaptación: una nueva lengua, el clima ecuatorial, mentalidades diferentes... Pero todo fue contrarrestado por una hermosa sorpresa, la de la acogida que recibí de mis hermanos y del pueblo.

Después de mi ordenación, me enviaron a trabajar en obras sociales y parroquias, donde tuve la oportunidad de conocer a muchos jóvenes y gente sencilla. Como salesiano, estoy muy contento de este contacto, de poder servir al Señor junto con los jóvenes y las familias. Me siento pequeño ante la acción del Señor en tantos jóvenes, y también ante la acción del Señor en mí mismo.

¿Cuáles son las mayores dificultades que has encontrado?

Hoy en día, los Salesianos de la Amazonia sentimos los grandes desafíos a los que se enfrentan los jóvenes: la falta de oportunidades, de formación y de trabajo; el peso del narcotráfico, de las adicciones y de la violencia; muchos jóvenes que no se sienten queridos en sus casas ni en sus familias (se sienten más a gusto en nuestras obras salesianas,

que en sus propias casas...); los grandes problemas de salud mental (depresión, ansiedad, alcoholismo, suicidio, etc.); la falta de sentido de la vida entre los jóvenes; la falta de orientaciones para el uso adecuado de las nuevas tecnologías. También sentimos el reto de garantizar que los grupos étnicos de Brasil no pierdan su identidad cultural, especialmente los jóvenes. Ante este cuadro, comprendemos que nuestra vida debe entregarse al Señor, al servicio de la defensa de la VIDA de tantas personas, especialmente de los jóvenes. ¡Que el Señor nos ilumine! ¡Que Don Bosco interceda por nosotros!

¿Cuáles son las necesidades locales más urgentes?

Los tiempos cambian rápidamente -como puedes comprender- y debemos responder adecuadamente a estos nuevos tiempos. Nuestras obras necesitan muchos recursos financieros (sobre todo porque nuestra ubicación en la Amazonia conlleva costes muy elevados, debido a las grandes distancias), así como una formación adecuada y renovada de nuestros recursos humanos (salesianos y laicos). Las exigencias son muchas: ¡necesitamos más Salesianos! Sería un gran bien que tuviéramos vocaciones, incluso autóctonas.

¿Qué lugar ocupa María Auxiliadora en tu vida?

Creo que, como en la vida de Don Bosco, la Virgen es nuestra Auxiliadora; está presente y nos ayuda.

Entrevista con Francisco LEZAMA, inspector de Uruguay

Hemos planteado al P. Francisco LEZAMA, nuevo inspector de Uruguay (URU), algunas preguntas para los lectores del Boletín Salesiano OnLine.

El P. Francisco Lezama nació en la ciudad de Montevideo el 11 de septiembre de 1979. Conoció a los salesianos en la obra salesiana de Las Piedras, donde participó de los grupos juveniles y de las actividades parroquiales.

Sus padres Luis Carlos Lezama y Graciela Pérez viven actualmente en la ciudad de Las Piedras.

Realizó toda su formación inicial en la ciudad de Montevideo. Hizo la Profesión Perpetua el 31 de enero de 2006 en Montevideo. Fue ordenado sacerdote el 11 de octubre de 2008 en Las Piedras (Uruguay). Sus primeros años de sacerdote los vivió en presencia salesiana del Colegio Juan XXIII en la ciudad de Montevideo. Del 2012 al 2015 estudió Sagrada Escritura en el Pontificio Instituto Bíblico de Roma.

Entre los años 2018-2020 fue director y párroco del Colegio Pio IX de Villa Colón, miembro del equipo de Formación y encargado de la Pastoral Vocacional. En el año 2021 asume el servicio de Vicario Inspectorial y delegado inspectorial para la Pastoral Juvenil hasta el mes de octubre de 2022 en que es designado ecónomo inspectorial.

El P. Lezama sucede al P. Alfonso Bauer como Inspector de URU, que terminó su mandato de seis años en enero de 2024.

¿Puedes hacernos una autopresentación?

Soy Francisco Lezama, salesiano sacerdote, tengo 44 años... Me apasiona la educación de los jóvenes, entre ellos me siento a gusto. Vengo de una familia que me ha enseñado el valor de la justicia y de la preocupación por los demás. La vida me ha regalado amigos y amigas con quienes compartir lo que soy y me ayudan todo el tiempo a crecer. Sueño con un mundo en el que todos y todas tenemos un lugar, y trabajo en la medida de mis posibilidades para hacerlo realidad.

¿Cuál es la historia de tu vocación?

Desde chico me sentí llamado a poner mi vida al servicio. Busqué por muchos lados: me acerqué a la militancia política y social, pensé en dedicarme profesionalmente a la educación como docente... Siendo adolescente me acerqué a la parroquia por

mi deseo de ayudar a los demás. Allí, participando del oratorio, descubrí que ese era el ambiente en el que podía ser yo mismo, en el que desplegaba lo más profundo... y en ese contexto un salesiano me propuso discernir la vocación consagrada. Nunca lo había considerado conscientemente, pero en el momento sentí una luz en el corazón que me decía que era por allí.

Desde entonces, en la vocación salesiana, he ido desarrollando mi vida, y también con las espinas en medio de las rosas, he ido descubriendo que los llamados del Jesús han ido marcando mi camino: mi profesión como religioso, mis estudios universitarios en educación, mi ordenación sacerdotal, mi especialización en Sagrada Escritura, y sobre todo cada misión, cada joven con quien Dios me ha regalado encontrarme, me permiten seguir agradeciendo y desplegando mi vocación.

¿Por qué salesiano?

Me apasiona la educación, me siento llamado a realizarme vocacionalmente allí, y además creo que es un instrumento para cambiar el mundo, para cambiar vidas. He descubierto, además, que como salesiano puedo entregar toda mi vida, “hasta el último aliento”, y eso me hace muy feliz.

¿Cómo reaccionó tu familia?

Siempre me han acompañado, al igual que a mis hermanos, para que cada uno encuentre su camino para ser feliz. En la familia de mi padre tengo un tío y una tía que han sido también llamados a la vida consagrada, pero sobre todo tengo en mi familia muchos ejemplos de amor fiel y generoso, empezando por mis padres, y últimamente lo veo en el amor de mi hermana y mi cuñado por sus hijos, que me han regalado a mí la vocación de tío, y me ayudan a descubrir nuevas facetas del mismo amor, que viene de Dios.

¿Quién te contó por primera vez la historia de Jesús?

Tengo recuerdo de mi abuela y mi padrino que me alentaron mucho a conocer a Jesús... luego en la catequesis de mi

parroquia comencé a hacer el camino que me permitió crecer en su amistad... Finalmente con los salesianos descubrí ese Jesús cercano que se hace presente en lo cotidiano y me anima a crecer en su amistad.

Estudiaste Sagrada Escritura en el Pontificio Instituto Bíblico de Roma. ¿Los jóvenes de hoy se interesan por la Biblia? ¿Cómo acercarlos?

He descubierto que los jóvenes están muy interesados en la Biblia. ¡Incluso en un centro de jóvenes universitarios de Montevideo un grupo me pidió clases de griego para poder profundizar en el texto! La realidad es que el texto bíblico nos muestra a la Palabra de Dios siempre en diálogo con las culturas, con los desafíos de cada tiempo, y los jóvenes son muy sensibles a esas realidades.

¿Cuáles han sido los mayores retos a los que te has enfrentado?

Sin dudas que las injusticias y las desigualdades que viven nuestras sociedades son desafíos muy grandes, porque para nosotros no son cifras o estadísticas, sino que tienen un nombre y un rostro, en los que se refleja el rostro sufriente de Cristo.

¿Cuáles han sido tus mayores satisfacciones?

Para mí es una alegría inmensa ver a Dios actuando: en el corazón de los jóvenes, en las comunidades que escuchan su voz, en las personas que apuestan por el amor aun en las dificultades.

Por otra parte, es una gran alegría compartir el carisma con los hermanos salesianos y con tantos laicos, que hacen posible hoy desarrollar la obra salesiana en Uruguay. Hemos dado pasos muy significativos de sinodalidad, de compartir la vida y la misión, en un estilo que nos enriquece y nos permite trabajar desde lo más profundo de nuestra identidad.

¿Cuáles son las obras más significativas en tu área?

Hay muchas obras que tienen gran significatividad en Uruguay.

Algunas tienen alto impacto en la sociedad, como el Movimiento Tacurú, en la periferia de Montevideo, que es sin duda el proyecto social más relevante en toda la sociedad uruguaya. Hay otras obras con gran significatividad en su zona, como el Instituto Paiva, en el departamento de Durazno, que permite a adolescentes del medio rural acceder a la educación media (que no sería posible para ellos de otra manera) y abrirse a nuevos horizontes en su vida. O la Obra Don Bosco, en la ciudad de Salto, que además de diversos proyectos que acompañan desde el nacimiento hasta los 17 años, tiene un proyecto específico para adolescentes en conflicto con la ley, acompañándolos en diversos aspectos de su vida.

¿Tienes algún proyecto que te interese especialmente?

La última obra que comenzamos es una casa para niños que el Estado ha tomado bajo su tutela, debido a que sus derechos estaban siendo vulnerados, y nos los confía a nosotros, salesianos. Significativamente la hemos llamado “Casa Valdocco”, y allí los niños y niñas son acompañados al tiempo que se busca la manera de que vuelvan a incorporarse a alguna realidad familiar que les pueda impulsar en su desarrollo.

¿Qué lugar ocupa María Auxiliadora en tu vida?

En Uruguay tenemos muchas iglesias y obras dedicadas a María Auxiliadora. De hecho, es en nuestra inspección donde surgió la tradición de la conmemoración mensual, cada día 24. Pero hay dos lugares que me resultan significativos: uno es el Santuario Nacional, en Villa Colón, la casa madre de los salesianos en Uruguay, desde donde luego salieron misioneros hacia toda América. El otro lugar, al norte del país, es Corralito, en Salto. Allí la devoción a María Auxiliadora llegó antes que los salesianos, de la mano de exalumnos que propagaron su devoción. Creo que es un signo de la vitalidad de nuestra Familia, y también de cómo Ella se hace siempre presente, valiéndose de medios y los modos que siempre nos sorprenden y nos maravillan.

El punto de inflexión en la vida de San Francisco de Sales (2/2)

[\(continuación del artículo anterior\)](#)

Comienzo de una nueva etapa

A partir de este momento, todo se precipitaría. Francisco se convirtió en un hombre nuevo: “Él, al principio perplejo, inquieto, melancólico -así A. Ravier-, ahora toma decisiones sin demora, ya no alarga sus empresas, se lanza a ellas de cabeza”.

Inmediatamente, el 10 de mayo, se puso el hábito eclesiástico. Al día siguiente, se presentó al vicario de la diócesis. El 12 de mayo, toma posesión de su cargo en la catedral de Annecy y visita al obispo, Mons. Claude de Granier. El 13 de mayo, preside por primera vez el rezo del Oficio Divino en la catedral. A continuación, arregló sus asuntos temporales: renunció al título de señor de Villaroget y a sus derechos de primogénito; renunció a la magistratura a la que le había destinado su padre. Del 18 de mayo al 7 de junio, se retiró con su amigo y confesor, Amé Bouvard, al castillo de Sales para preparar sus órdenes. Por última vez, le asaltan las dudas y las tentaciones; sale victorioso, convencido de que Dios se le había manifestado “muy misericordioso” durante estos ejercicios espirituales. Prepara entonces el examen canónico para la admisión a las órdenes.

Invitado por primera vez por el obispo a predicar el día de Pentecostés, que ese año caía el 6 de junio, preparó con sumo cuidado su primer sermón para una fiesta en la que “no sólo los ancianos, sino también los jóvenes debían predicar”; pero la llegada inesperada de otro predicador le

impidió pronunciarla. El 9 de junio, el obispo de Granier le confirió las cuatro órdenes menores y dos días después lo promovió al subdiácono.

Comenzó entonces para él una intensa actividad pastoral. El 24 de junio, fiesta de San Juan Bautista, predicó en público por primera vez con gran valor, no sin antes sentir cierto temblor, que le obligó a tumbarse en la cama unos instantes antes de subir al púlpito. A partir de entonces, los sermones se multiplicarían.

Una iniciativa audaz para un subdiácono fue la fundación en Annecy de una asociación destinada a reunir no sólo a clérigos, sino sobre todo a laicos, hombres y mujeres, bajo el título de "Cofradía de los Penitentes de la Santa Cruz". Él mismo redactó sus estatutos, que el obispo confirmó y aprobó. Constituida el 1 de septiembre de 1593, inició sus actividades el 14 del mismo mes. Desde el principio, la membresía fue numerosa y, entre los primeros miembros, Francisco tuvo la alegría de contar a su padre y, algún tiempo después, a su hermano Luis. Los estatutos preveían no sólo celebraciones, oraciones y procesiones, sino también visitas a enfermos y presos. Al principio hubo cierto descontento, sobre todo entre los religiosos, pero pronto se vio que el testimonio de los miembros era convincente.

Francisco fue ordenado diácono el 18 de septiembre y sacerdote tres meses después, el 18 de diciembre de 1593. Tras tres días de preparación espiritual, celebró su primera misa el 21 de diciembre y predicó en Navidad. Algún tiempo después, tuvo la alegría de bautizar a su hermanita Juana, la última hija de la señora de Boisy. Su instalación oficial en la catedral tuvo lugar a finales de diciembre.

Su "arenga" en latín causó una gran impresión en el obispo y en los demás miembros del cabildo, tanto más profunda cuanto que el tema que abordaba era candente: recuperar la antigua sede de la diócesis, que era Ginebra. Todos estaban de acuerdo: había que recuperar Ginebra, la ciudad de Calvino que había proscrito el catolicismo. Pero,

¿cómo? ¿Con qué armas? Y ante todo, ¿cuál era la causa de esta deplorable situación? La respuesta del rector no tenía por qué gustar a todos: “Son los ejemplos de los sacerdotes perversos, las acciones, las palabras, en esencia, la iniquidad de todos, pero particularmente del clero”. Siguiendo el ejemplo de los profetas, Francisco de Sales ya no analizaba las causas políticas, sociales o ideológicas de la reforma protestante; ya no predicaba la guerra contra los herejes, sino la conversión de todos. El fin del exilio sólo podía alcanzarse mediante la penitencia y la oración, en una palabra, mediante la caridad:

Es por la caridad por lo que debemos dismantelar los muros de Ginebra, por la caridad invadirla, por la caridad recuperarla. [...] No os propongo ni el hierro, ni ese polvo cuyo olor y sabor recuerdan al horno infernal [...]. Es con el hambre y la sed sufridas por nosotros y no por nuestros adversarios como debemos vencer al enemigo.

Charles-Auguste afirma que, al final de este discurso, Francisco “descendió de su ambón entre los aplausos de toda la asamblea”, pero cabe suponer que algunos canónigos se sintieron irritados por la arenga de este joven sacerdote.

Podía haberse contentado con “imponer la disciplina de los canónigos y la exacta observancia de los estatutos”, y en lugar de ello se lanzó a una labor pastoral cada vez más intensa: confesiones, predicación en Annecy y en los pueblos, visitas a los enfermos y a los presos. Cuando era necesario, empleaba sus conocimientos jurídicos en beneficio de los demás, resolvía litigios y discutía con los hugonotes. Desde enero de 1594 hasta el inicio de su misión en Chiablèse, en septiembre, su labor de predicador debió de tener un comienzo prometedor. Como demuestran las numerosas citas, sus fuentes eran la Biblia, los Padres y los teólogos, y también autores paganos como Aristóteles, Plinio y Virgilio, cuyo famoso *Jovis omnia plena* no temía citar. Su padre no estaba acostumbrado a un celo tan arrollador ni a una predicación tan

frecuente. Un día -contaba Francisco a su amigo Jean-Pierre Camus- me llevó aparte y me dijo:

Francisco no era de esta opinión: para él, “culpar a un obrero o a un viñador porque cultiva demasiado bien su tierra era alabarlo”.

Sacerdote, predicas demasiado a menudo. Incluso oigo tocar la campana entre semana para el sermón y me dicen: ¡Es el sacerdote! ¡El sacerdote! En mi época no era así, los sermones eran mucho más raros; ¡pero qué sermones! Dios sabe que eran eruditos, bien documentados; estaban llenos de historias maravillosas, un solo sermón contenía más citas en latín y griego que diez de los tuyos: todo el mundo era feliz y se edificaba, la gente corría a oírlos; habrías oído que iban a recoger maná. Ahora hacéis que esta práctica sea tan común que ya no le prestamos atención y ya no os tenemos en tanta estima.

Los inicios de su amistad con Antoine Favre

Los humanistas tenían un gusto por la amistad, un espacio propicio para el intercambio epistolar en el que uno podía expresar su afecto con expresiones apropiadas extraídas de la antigüedad clásica. Francisco de Sales había leído sin duda el *De amicitia* de Cicerón. Volvió a su memoria la expresión con la que Horacio llamaba a Virgilio “la mitad de mi alma” (*Et serves animae dimidium meae*).

Tal vez recordara también la amistad que unía a Montaigne y Étienne de La Boétie: “Éramos en todos los aspectos la mitad del otro”, escribió el autor de los Ensayos, “siendo una sola alma en dos cuerpos, según la feliz definición de Aristóteles”; “si se me pide que explique por qué le amaba, encuentro que esto no puede expresarse más que respondiendo: Porque él era él y porque yo era yo”. Un verdadero amigo es un tesoro, dice el proverbio, y Francisco de Sales pudo experimentar que era cierto en el momento en que su vida dio un giro definitivo, gracias a su amistad con Antoine Favre.

Poseemos la primera carta que Favre le dirigió el 30 de julio de 1593 desde Chambéry. Con alusiones al “divino Platón” y en un latín elegante y refinado, expresaba su deseo: el de, según escribía, “no sólo amarte y honrarte, sino también contraer un vínculo vinculante para siempre”. Favre tenía entonces treinta y cinco años, había sido senador durante cinco años, y Francisco era diez años más joven. Ya se conocían de oídas, y Francisco incluso había intentado ponerse en contacto con él. Al recibir la carta, el joven sacerdote de Sales se alegró:

He recibido, ilustrísimo varón y recto Senador, vuestra carta, preciosísima prenda de vuestra benevolencia para conmigo, que, también por no esperada, me ha llenado de tanta alegría y admiración, que no puedo expresar mis sentimientos.

Más allá de la retórica evidente, ayudada por el uso del latín, éste fue el comienzo de una amistad que duró hasta su muerte. A la “provocación” del “más ilustre y recto senador”, que se asemejaba a un desafío a duelo, Francisco respondió con expresiones adecuadas al caso: si el amigo fue el primero en entrar en la arena pacífica de la amistad, ya se verá quién será el último en permanecer en ella, porque yo - dijo Francisco- soy “un luchador que, por naturaleza, es el más ardiente en este tipo de lucha”. De este primer intercambio de correspondencia nacerá el deseo de conocerse: de hecho, escribe, “que la admiración suscita el deseo de conocer, es una máxima que se aprende desde las primeras páginas de la filosofía”. Las cartas se sucedieron rápidamente.

A finales de octubre de 1593, Francisco le respondió para agradecerle que le procurara ‘otra amistad’, la de François Girard. Había leído y releído las cartas de Favre “más de diez veces”. El 30 de noviembre siguiente, Favre le insistió para que aceptara la dignidad de senador, pero por este motivo no quiso seguirle. A principios de diciembre, Francisco le anunció que su “queridísima madre” había dado a

luz a su decimotercer hijo. Hacia finales de diciembre, le informa de su próxima ordenación sacerdotal, un “distinguido honor y excelente bien”, que le convertirá en un hombre diferente, a pesar de los sentimientos de temor que albergaba en su interior. En la víspera de Navidad de 1593 tuvo lugar una reunión en Annecy, donde unos días después Favre probablemente presenció la toma de posesión del joven sacerdote. A principios de 1594, una fiebre obligó a Francisco a guardar cama, y su amigo le consoló hasta tal punto que le dijo que tu fiebre se había convertido en “nuestra” fiebre. En marzo de 1594, empezó a llamarle “hermano”, mientras que la novia de Favre sería para Francisco “mi dulcísima hermana”.

Esta amistad resultó fructífera y fecunda, pues el 29 de mayo de 1594, Favre fundó a su vez la Cofradía de la Santa Cruz en Chambéry; y el martes de Pentecostés, los dos amigos organizaron una gran peregrinación común a Aix. En junio, Favre con su esposa, llamada por Francisco “mi dulcísima hermana, tu más ilustre y amada esposa”, y sus “nobles hijos” era esperado con impaciencia en Annecy. Antoine Favre tuvo entonces cinco hijos y una hija. En agosto, escribió una carta a los hijos de Favre para agradecerles sus escritos, animarles a seguir los ejemplos de su padre y rogarles que transmitieran a su madre sus sentimientos de “piedad filial”. El 2 de septiembre de 1594, en una nota escrita apresuradamente, Favre anuncia su próxima visita “lo antes posible” y termina con repetidos saludos no sólo a su “querido hermano”, sino también a “los de Sales y a todos los Salesianos”.

No faltaron quienes no se abstuvieron de criticar estas cartas un tanto magnilocuentes, llenas de cumplidos exagerados y periodos latinos sobreactuados. Al igual que su corresponsal, el sacerdote de Sales, intercalando su latín con referencias a la Biblia y a los Padres de la Iglesia, se ocupaba especialmente de citar a autores de la antigüedad clásica. El modelo ciceroniano y el arte epistolar nunca se le escaparon y, además, su amigo Favre califica las cartas de Francisco no sólo de “ciceronianas”, sino también de

“atenienses”. No es de extrañar que una de sus propias cartas a Antoine Favre contenga la famosa cita de Terencio: “Nada de lo humano nos es ajeno”, adagio que se ha convertido en profesión de fe entre los humanistas.

En conclusión, Francisco consideraba esta amistad como un don del cielo, describiéndola como una “amistad fraternal que la Bondad divina, forjadora de la naturaleza, tejió tan vívida y perfectamente entre él y yo, a pesar de que éramos diferentes en nacimiento y vocación, y desiguales en dones y gracias que yo sólo poseía en él”. Durante los años difíciles que vendrían, Antoine Favre sería siempre su confidente y su mejor apoyo.

Una misión peligrosa

En 1594, el duque de Saboya, Carlos Manuel I (1580-1630), acababa de reconquistar Chiablèse, una región cercana a Ginebra, al sur del lago Lemán, disputada durante mucho tiempo entre vecinos. La historia político-religiosa de Chiablèse era complicada, como demuestra una carta escrita en toscano italiano en febrero de 1596 y dirigida al nuncio de Turín:

Una parte de esta diócesis de Ginebra fue ocupada por los Berneses, hace sesenta años, [y] permaneció herética; la cual, siendo reducida al pleno poder de Su Alteza Serenísima estos últimos años, por la guerra, [y reunida con] su antiguo patrimonio, muchos de los [habitantes,] movidos más bien por el estruendo de los arcabuces que por los sermones que allí se predicaban por orden de Monseñor Obispo, se redujeron a la fe en el seno de la santa madre Iglesia. Pero entonces, infestadas aquellas tierras por las incursiones de los ginebrinos y los franceses, volvieron al fango.

El duque, con la intención de devolver al catolicismo a aquella población de unas veinticinco mil almas, se dirigió al obispo para que hiciera lo necesario. Ya en 1589, había enviado a cincuenta párrocos para recuperar la posesión de las parroquias, pero pronto fueron rechazados por

los calvinistas. Esta vez era necesario proceder de otro modo, es decir, enviar a dos o tres misioneros muy instruidos, capaces de hacer frente a la tormenta que no dejaría de azotar a los “papistas”. En una asamblea del clero, el obispo expuso el plan y pidió voluntarios. Nadie dijo ni pío. Cuando volvió los ojos hacia el preboste de Sales, éste le dijo: “Monseñor, si me cree capaz y me lo ordena, estoy dispuesto a obedecer e iré de buena gana”.

Sabía bien lo que le esperaba y que sería recibido con “insultos en los labios o piedras en la mano”. Para Francisco, la oposición de su padre a tal misión (perjudicial para su vida y aún más para el honor de su familia) ya no parecía un obstáculo, porque reconocía una voluntad superior en la orden del obispo. A las objeciones de su padre sobre los peligros reales de la misión, respondió con orgullo:

Dios, mi Padre, proveerá: es él quien ayuda a los fuertes; sólo hace falta valor. [...] ¿Y si nos enviaran a la India o a Inglaterra? ¿No habría de ir allí? [...] Es cierto que es una empresa laboriosa, y nadie se atrevería a negarlo; pero ¿para qué nos ponemos estas ropas si rehuimos llevar la carga?

Se preparó para la misión en el castillo de Sales, a principios de septiembre de 1594, en un clima pesado: “Su padre no quería verle, porque se oponía totalmente al compromiso apostólico de su hijo y le había obstaculizado con todos los esfuerzos imaginables, sin haber conseguido minar su generosa decisión. La última noche se despidió en secreto de su virtuosa madre”.

El 14 de septiembre de 1594 llegó a Chiabrese en compañía de su primo Luis de Sales. Cuatro días después, su padre envió a un criado para decirle que regresara, “pero el santo joven [en respuesta] envió de vuelta a su sirviente Georges Rolland y a su propio caballo, y persuadió a su primo de que regresara también para tranquilizar a la familia. El primo le obedeció, aunque más tarde volvió a verle. Y nuestro santo contó [...] que en toda su vida nunca había sentido un

consuelo interior tan grande, ni tanto valor en el servicio de Dios y de las almas, como aquel 18 de septiembre de 1594, cuando se encontró sin compañero, sin sirviente, sin equipo, y obligado a vagar de aquí para allá, solo, pobre y a pie, ocupado en predicar el Reino de Dios.

Para disuadirle de una misión tan arriesgada, su padre le desheredó. Según Pierre Magnin, “el padre de Francisco, según supe de labios del santo varón, no quiso ayudarle con la abundancia que hubiera sido necesaria, deseando desviarle de tal empresa iniciada por su hijo contra su consejo, bien consciente del evidente peligro al que exponía su vida. Y una vez le permitió salir de Sales para volver a Thonon con sólo un escudo, de modo que [Francisco] se vio obligado [...] a hacer el viaje a pie, a menudo mal vestido y mal abrigado, expuesto a un frío intenso, al viento, a la lluvia y a la nieve insoportables en este país».

Tras un asalto que sufrió con Georges Rolland, el señor de Boisy volvió a intentar disuadirle de la empresa, pero de nuevo sin éxito. Francisco intentó sacudir las cuerdas de su orgullo paterno escribiéndole estas encomiables líneas

Si Rolland fuera tu hijo, aunque no es más que tu sirviente, no habría tenido tan poco valor como para echarse atrás en un combate tan modesto como el que le ha tocado, y no hablaría de él como de una gran batalla. Nadie puede dudar de la mala voluntad de nuestros adversarios; pero nos hacéis un mal al dudar de nuestro valor. [...] Te ruego, pues, Padre mío, que no atribuyas mi perseverancia a la desobediencia y que me consideres siempre como tu hijo más respetuoso.

Una observación esclarecedora que nos ha transmitido Alberto de Ginebra nos ayuda a comprender mejor lo que acabó por convencer al padre de que dejara de oponerse a su hijo. El abuelo de este testigo en el proceso de beatificación, amigo del señor de Boisy, había dicho un día al padre de Francisco que debía sentirse “muy afortunado por tener un hijo tan querido por Dios, y que lo consideraba

demasiado sabio y temeroso de Dios como para oponerse a la santa voluntad [de su hijo], que tenía por objeto realizar un plan en el que el santo nombre de Dios sería muy glorificado, la Iglesia exaltada y la casa de Sales recibiría mayor gloria que todos los demás títulos, por ilustres que fueran”.

El tiempo de las responsabilidades

Sacerdote de la catedral en 1593, con sólo veinticinco años, jefe de la misión de Chiablese al año siguiente, Francisco de Sales pudo contar con una educación excepcionalmente rica y armoniosa: una educación familiar cuidada, una formación moral y religiosa de gran calidad y estudios literarios, filosóficos, teológicos, científicos y jurídicos de alto nivel. Es cierto que se había beneficiado de posibilidades negadas a la mayoría de sus contemporáneos, pero en él destacaban el esfuerzo personal, la respuesta generosa a los llamamientos que recibía y la tenacidad que mostraba en la prosecución de su vocación, por no hablar de la marcada espiritualidad que inspiraba su comportamiento.

A estas alturas iba a convertirse en un hombre público, con responsabilidades cada vez más amplias, que le permitirían poner sus dones de la naturaleza y de la gracia al servicio de los demás. Previsto para ser obispo coadjutor de Ginebra ya en 1596, nombrado obispo en 1599, se convirtió en obispo de Ginebra a la muerte de su predecesor en 1602. Hombre de Iglesia ante todo, pero muy inmerso en la vida de la sociedad, le veremos preocupado no sólo por la administración de la diócesis, sino también por la formación de las personas confiadas a su ministerio pastoral.